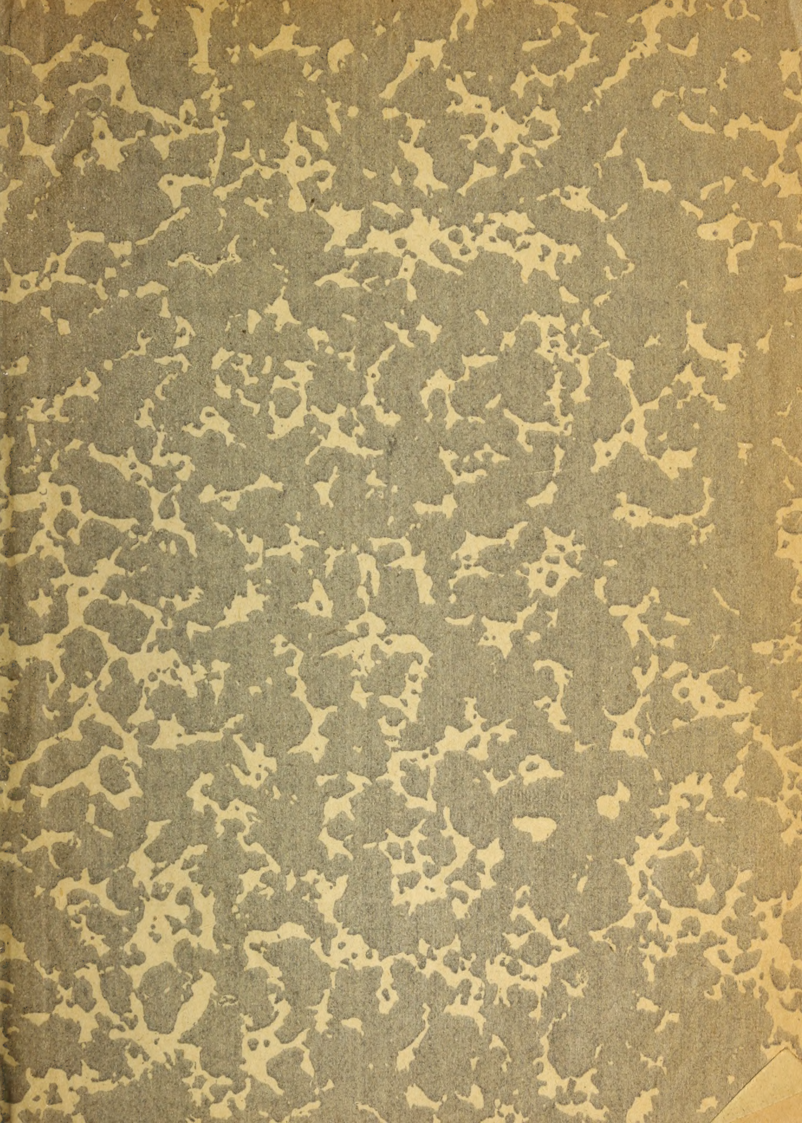
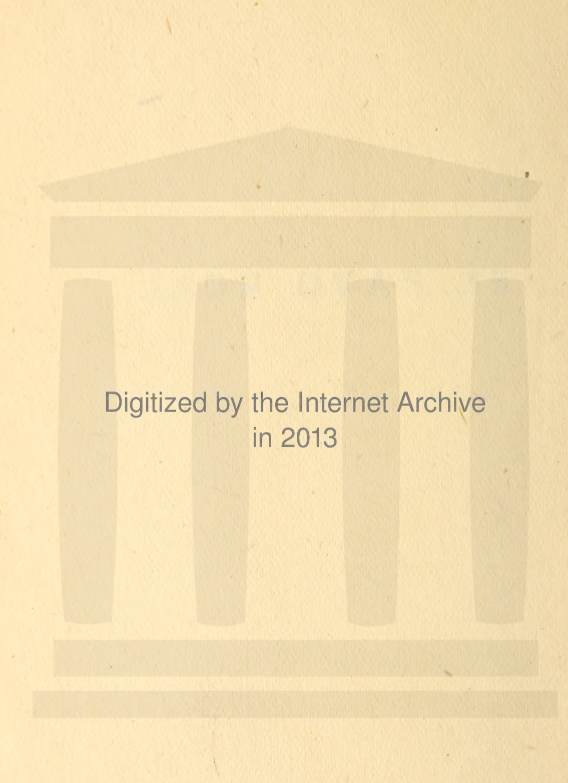

3 1761 09545950 9





EL PAVO REAL



EDUARDO MARQUINA

EL PAVO REAL

COMEDIA POÉTICA EN TRES ACTOS,
DIVIDIDOS EN DIEZ CUADROS

EDITORIAL REUS, S. A.
MADRID
1922

PERSONAJES

Aissa	Catalina Bárcena.
El príncipe Delí	Ramón Martori.
El Mago	Manuel Collado.
El Rey viejo	Carlos M. Baena.
Sethi, príncipe niño . .	Concha Vargas.
Dylha, príncipe niño . .	Elena Jiménez.
La Nodriza	Rafaela Satorres.
El Gran Visir	Ricardo de la Vega.
El Bonzo	Luis Pérez de León.
Una vieja	María Corona.
Un centinela	Jesús J. Gabaldón.
Otro centinela	F. del Castillo-Olivares.
Una esclava.	Natividad Jiménez.
Otra esclava	Isabel Barrón.
Una danzarina.	María Esparza.
Un Dignatario.	José Vázquez.

ACTO PRIMERO



CUADRO PRIMERO

Salón del trono en un magnífico palacio de ensueño. Luz de atardecer. La gradería del trono y éste en alto. Ventanales a ambos lados.

El viejo REY tiene al PRÍNCIPE, su nieto y heredero, arrodillado a sus pies y le dice:

REY

Ya eres hombre, Príncipe, y yo ya soy viejo;
tu corazón hierve y el mío se amansa;
del mundo me alejo,
y el cetro me cansa.

Ya he dado al olvido todos mis trofeos;
y, como hojas secas que arrastra el ciclón,
ya se han desprendido todos los deseos
de mi corazón.
Centenares de olas han muerto en mi playa;
mi mano es traslúcida, mi respiro leve,
y está mi cabeza cubierta de nieve
como los picachos en el Himalaya.
Hace muchos años habría querido
ponerle, abdicando, final a mi cuita;
desnudarme el alma del regio vestido
y esperar, sin ansias, la Unión infinita.
Pero, cuando apenas tú habías nacido,
se murió tu padre; su mala fortuna
dobló mi reinado y, sobre tu cuna,
velándote el sueño, tu abuelo ha vivido...
Por fin, ya eres hombre, pero nada sabes
de la vida; tu alma recuerda esas naves
que los marineros atan a las playas:
solas, si el mar crece, se pueden perder.
Yo te doy dos años para que te vayas
al mundo, a vivirlo sin miedo, a aprender.
Ya sé que soy débil y que estoy cansado
de forzar la suerte;
pero, estos dos años, yo haré que la muerte

se quede, esperando tu vuelta, a mi lado.
Tal vez, si te hablara, dictarte podría
mi sabiduría;
pero, en mis dictados, sólo te daría
remedos de ciencia,
agua de acarreo dos veces manchada
por mis desengaños y por mi experiencia.
No, no; para nadie la vida es igual;
y el agua en que quiero que temples tu espada
tú no has de beberla de fuente cansada;
ve a buscarla en vivo y en su manantial.
Ve a hablar con tu madre la Tierra que aun lleva
pedazos de tu horma en su gleba;
ve a hablar con la Tierra que tiene estaciones
y es, en sus lecciones,
cada año que pasa, cuatro veces nueva.
Vas a hacer justicia: prueba la pasión;
vas a regir hombres: sabe lo que son;
míralos, curvados sobre el surco, abriendo
yermos y eriales;
recortar la piedra, batir los metales,
trabajar, creando; crear, destruyendo.
Y óyelos... Sus gritos hacen, al sonar,
la vida más clara;
óyelos atento si juntan, para

cantar, bendecir, blasfemar...
Porque hay recompensas en sus bendiciones;
pero, en sus blasfemias, hay más: ¡profecías!
El que reina sabe que los áureos días
futuros se engendran entre maldiciones.
Nieto mío imberbe, corazón de cera,
sal de este palacio; sufre, anhela, espera
y sé humano, humano y humano, de modo
que, aunque un siglo reines como yo, tu nombre
no dé miedo a nadie; ¡no olvides que, en todo,
de mujer naciste y eres carne de hombre! ...

DELÍ

Bendigan tus manos mis pasos: la senda
que quieres que siga, muéstrame, y mi tienda
mañana, a estas horas, plantaré muy lejos.

REY

No; ni te bendigo ni te doy consejos.
Sé libre, anda; olvídanos. Déjate llevar
de tus voluntades y de tus anhelos;
tu senda es la Tierra, y además el mar,
y además, si tanto deseas, los cielos.
Sangre de tus plantas da a los pedernales;
carne de tu pecho prende en los zarzales;

haz tuyo el camino que dejes atrás
y trae, del camino, contigo, si vienes,
siembra de las flores que en él hallarás.

Al levantarse el Rey para descender del trono se apoya en la cabeza del Príncipe que, a su vez, se levanta: el Rey le mira con orgullo y cariño y dice:

Arbolito nuevo... buena savia tienes...
¿qué frutos darás?...

Se aleja el Rey viejo. El Príncipe queda solo; aturdido y deslumbrado, exclama:

DELÍ

¿Soy yo mismo?... ¿el mismo que hasta ayer tenía
siete veces la vida guardada,
y, en mi lecho de plumas, únicamente oía
el rumor de las cosas que filtrarse podía
por la puerta de cedro, siete veces sellada?...
¿Soy yo mismo?...

Recapacita asombrado.

Nunca salí de mi hogar...
De la ley, que un día tendré que aplicar,
hasta hoy mismo, sólo sé lo que prohibe.
Siempre ha sido el miedo mi Dios tutelar;
mi Nodriza sólo me deja probar

fruta de su huerto y agua de su aljibe...
Y así, yo he crecido, pero no he vivido;
y soy niño, cuando ya es de hombre mi traje...
Pero, me llamaba lo Desconocido...
¡Abuelo...! ¡en buen hora me anuncias el viaje!
¡Ya tenía ganas
de no ver el mundo desde mis ventanas;
de pisar guijarros, además de alfombras;
de vivir entre hombres, no sólo entre sombras!

Mira a su alrededor; va a partir; un instintivo y súbito cariño de lo que deja le hace acercarse al viejo trono, y casi acariciarlo:

¡Trono... hoy te abandono, y hoy tú me sonríes
y me parecen manos ideales
que me despiden, entre tus rubíes,
las blancas plumas de tus pavos reales!...

Da otra vez un paso hacia la salida; vuelve a mirarlo todo.

¡Adiós, palacio, cárcel resplandeciente!...

Con asombro gustoso.

Todo
tiene un aspecto nuevo

desde este instante. . . Es que, la luz que llevo
dentro del pecho, el mundo es de otro modo.

Mirando a través de uno de los ventanales.

Hasta la noche. . . y sus luceros,
¿adónde vais por esos derroteros?. . .
Alfileres de plata, en la seda
de la noche, clavados ayer. . . , ¿es posible
que hoy saltéis palpitantes, como la polvareda
que levanta al pasar un carro invisible?. . .
¿Adónde vais? ¿Qué magia no aprendida
me descubre la faz desconocida
de las cosas?. . .

Deliquio triunfal.

¡El viaje. . . ! ¡Astros, os sigo!
En mi quietud estaba la tierra detenida;
¡pero he empezado a andar y el mundo anda conmigo!...

Va a salir; sobreviene la NODRIZA.

NODRIZA

Hijo. . . , ¿te marchas?

DELÍ

Contrariado. Volviendo atrás.

¡La Nodriza!

NODRIZA

¿Será posible? ¿Te vas, hijo?
Pero, ¿es posible?

DELÍ

¿Qué, mujer?

NODRIZA

Lo que tu abuelo nos ha dicho.

DELÍ

Sí; me mandó correr el mundo...

NODRIZA

Interrumpiéndole, como si blasfemara.

¿Tú, en busca de aventuras, hijo?
¿Naciste rey, para sufrir
igual que el último mendigo?...
Te traigo el manto en que envolverte
y el báculo para el camino.
Pero no pierdas tiempo, abrígate,
porque es de noche y hará frío...

Le pasa el manto.

Siéntate... Dame tus sandalias.

DELÍ

Se sienta; ella besa sus pies.

¿Qué haces?

NODRIZA

Besarte los pies, hijo;
¡así mis besos los defiendan
del pedernal y los espinos! . . .
Pobres sandalias que hoy te llevan,
¿sabrán traerte otra vez, hijo?

Le da el báculo.

Aquí está el báculo; y con él,
cuando te cierren el camino,
para medir lo hondo del agua,
tienta la espalda de los ríos;
sé cauto; no abras una puerta
sin meditar dos veces, hijo. . .

DELÍ

Todas las puertas dan al mundo. . .

NODRIZA

En todo el mundo hay enemigos.

Atrayéndole.

Apóyate sobre este pecho
que amamantó tus labios, hijo;
descansa en este corazón
que te durmió con sus latidos.
No des el tuyo a nadie..., ¿me oyes?
Tu corazón es el más rico
de los tesoros con que cuentas;
tú no lo des... no lo des, hijo.

DELÍ

Sonriendo.

Ya se me fué de las entrañas
y me precede en el camino;
cuando me marche, iré a buscarlo.

NODRIZA

¡No, espera...! Hablemos antes, hijo...
Mira: a tu abuelo le diremos
que su orden has obedecido,
y aquí, cerquita, en una choza
donde, a resguardo y sin peligros,
vive la vieja, que del Rey
lava las ropas en el río,
tú pasarás estos dos años
asegurado y escondido.

DELÍ

Ya sé; debajo de unos árboles
donde, a resguardo y sin peligros,
vienen a estar, tarde o temprano,
todos los hombres escondidos,
y una viejita desdentada,
que pisa quedo y cuenta siglos,
de todos ellos, cada noche,
lava las almas en el río.

NODRIZA

Atajándole con pánico.

¡Calla...! ¡Qué dice...! Estoy hablándote
de vivir quieto, al lado mío,
y tú supones que es morir...

DELÍ

Para mis ansias da lo mismo;
pero agradezco tus deseos...

NODRIZA

Pues, para ti, ¿qué es morir, hijo?

DELÍ

Queda un instante pensativo. Sonríe. Dice:

Morir es todo lo que no es andar
y navegar.
Morir es no asirse a la gasa
de la nube que pasa,
y no extinguirse en la brasa
del sol, cuando el mar la disuelve.

Permanece como en éxtasis, inmóvil.

NODRIZA

Por lo menos, hijo, si te marchas, vuelve
cada día tu rostro a esta casa.

DELÍ

Cada día, una tierra diferente
y un sabor nuevo en cada nueva fuente...
Arboles, trigos, caseríos, peñas,
todo mío, un momento:
yo, rey; mi cetro el báculo y pajes las cigüeñas
que me sigan, llenando de gritos el viento
y el azul de siluetas de naves...

NODRIZA

Por lo menos, hijo, piensa, al ver las aves,
que te sigue en ellas nuestro pensamiento.

DELÍ

¡Y un día, al fin, la soledad altiva
de una cumbre! Alba nieve, roca viva;
yo, saeta en el blanco, a mi albedrío,
con la tierra mis pies, mirando el mar. . .

NODRIZA

Interrumpiéndole.

Por lo menos, hijo, si tuvieras frío,
piensa en nuestro hogar. . .

DELÍ

Decidido y haciéndose fuerza.

¡Basta, basta! ¡Ya es tarde y debo andar!

Besa las manos de la mujer.

Adiós, Nodriza. . .

NODRIZA

Levantando los ojos al cielo.

¡Se nos va. . . y es nuestro!

Cuando va a salir el Príncipe, tropieza con el MAGO que ha oído a la Nodriza y le pregunta:

MAGO

¿Te vas?

NODRIZA

Con esperanza.

El Mago... ¡Háblale tú, maestro!...
Háblale tú, que le puedes decir
la senda que ha de elegir,
la suerte que le aguarda en el camino...

DELÍ

Resuelto.

¡No!... No quiero saber mi destino:
Saberlo es ser esclavo y caminar siguiendo
las huellas de alguien que antes ha pasado;
¡meter el corazón, obedeciendo,
en un molde de hierro forjado!...
No; mi suerte aún no existe: ¡a hacerla voy!
Soy libre: me lo ha dicho el Rey, mi abuelo;
¡y por ser libre mientras viva, doy
toda la ciencia del mundo y del cielo!

Sale. El Mago le ve partir, sonriendo.

NODRIZA

Al Mago, con ansiedad.

¿Volverá?... ¿volverá?...

MAGO

Impasible.

¿Qué te importa, mujer?
El mundo es tan pequeño
que andar por él es como hacer un sueño;
nadie *se va* del todo; no hablemos de *volver.*

NODRIZA

Pero... ¿será feliz?

MAGO

¿Qué te importa, mujer?
Es una embriaguez pasajera la vida
que, alegre o triste, al fin, de igual modo se olvida;
y ébrios, lo mismo da gozar que padecer.

NODRIZA

Pero... ¿me olvidará?

MAGO

¿Qué te importa, mujer?

El corazón del hombre es la morada
del dolor; de manera
que pierdes poco y que no ganas nada
porque, en su corazón, él te olvide o te quiera;
lo mismo da estar dentro que estar fuera
de semejante choza infortunada...

Se ve al Príncipe seguido o precedido de su sombra, pues ya ha salido la luna, que cruza el jardín, por el fondo. Va presuroso y desaparece.

NODRIZA

Al verle.

¡Calla!... ¡Le veo!... ¡es él!... Ni el paso acorta
ni se vuelve a mirarme, en su egoísmo...
¡Hijo!... ¡no me oye!... ¡Espera!... ¡Va de prisa!

MAGO

¿Qué importa?
No saldrá de la tierra, ni saldrá de sí mismo.

Se oyen los gritos de los pavos reales.

CUADRO

CUADRO SEGUNDO

La Pagoda de las Flores de oro. La escena representa uno de sus primeros recintos. Están allí un viejo, BONZO, y una MUJER, vendedora de flores. Noche de luna serenísima.

BONZO

Es media noche: el tumulto sonoro
de la tierra apagó sus metales.

MUJER

Ya no fulge el diurno decoro
del lejano Palacio en los cristales.

BONZO

Y la luna ha colgado sus chales
en mi Pagoda de las Flores de oro.

MUJER

Escuchando.

¡Calla! . . . ¿qué hilados zumbidos crepitan,
de la alta noche, en la estelar colmena?

BONZO

Las campanillas del templo se agitan;
su tintineo en la quietud resuena.

MUJER

Incrédula.

Sin embargo, los aires dormitan
y está inmóvil la noche serena.

BONZO

Las campanillas son la voz del cielo
y el divino designio las mueve;
no necesita de aire que la lleve
la voz de Dios, cuando desciende al suelo.

MUJER

Que sigue escuchando.

¡Qué fina voz! . . . Es de plata y de nieve,
y suena igual que matorral con hielo. . .

BONZO

Cuando llama a las almas soñadoras,
le basta a Dios con un delgado aliento.

MUJER

Pocos vienen al templo a estas horas.

BONZO

Los que apetecen el recogimiento.

MUJER

Atendiendo a un rumor nuevo.

Oigo pasos. . . , ¿quién llega?

BONZO

Tú lo ignoras;
pero es alguien que ha oído el llamamiento.

El PRÍNCIPE, envuelto en su manto de camino, se acerca: sin darse a conocer.

DELÍ

¡Salud!

Va a entrar en la Pagoda.

MUJER

Deteniéndole y mostrándole su mercancía.

Gentil peregrino
que sales, de noche, al camino

a escuchar el trino
de plata de los ruiseñores:
honra con tus ojos mis buhonerías,
no te llegues a Dios con las manos vacías;
cómprame frutas y flores;
míralas: las cogí expresamente,
de la puesta del sol en los tibios oreos,
cuestan poco y aroman los deseos
de un corazón ferviente.

El Príncipe, sin descubrirse, alarga la mano, coge una flor, paga a la Mujer, y sale.

¡El cielo te bendiga!...

Al Bonzo.

¡Es generoso
como un gran pecador!...
No paga así un amante dadivoso:
dos rubíes por una flor...

BONZO

¿No le has reconocido?

MUJER

No le vi el rostro; pero
singular el doncel me ha parecido.

BONZO

Era Delí en persona, el heredero
del trono.

MUJER

Asombro y reverencia.

¡El heredero! . . . ¡y no caí a sus pies!
¡El Príncipe!... ¿es posible?... ¿sin séquito, sin gente?

BONZO

Tal vez quiso olvidarse de quién es
para hablar con los dioses lealmente.

Entra, apresurada y jadeante, AISSA: se deja caer en las gradas del templo. El Bonzo y la Mujer acuden a socorrerla.

AISSA

¡Piedad! . . . No podía más
de cansancio, de dolor. . .

BONZO

Descansa, mujer, que estás
a la sombra del Señor.

AISSA

Mira en derredor; inquieta y esperanzada.

¿Le habéis visto? . . . ¿ha entrado aquí?
¿pasó de largo? . . . Calláis. . .

MUJER

Al Bonzo.

¿De quién habla?

AISSA

¿Y lo dudáis?
Busco al Príncipe Delí.

MUJER

¿Qué quieres de él, desdichada?

AISSA

Decirle cuanto lo soy:
que soy huérfana, que estoy
de todos desamparada;
pedirle que acerque a mí
la protección de la ley. . .

BONZO

Atajándola, con sequedad.

Ve con tus cuitas al Rey,
y el Rey cuidará de ti.

AISSA

¿Yo, al Rey?... ¿No véis mi abandono?
¿No véis que no puede ser?
¿No véis que es muy alto un trono
para mis pies de mujer?

El Bonzo y la Vendedora callan, recelosos.

¿Ha entrado en el templo?... Sí,
me lo avisa el corazón;
yo entraré también, y así
cuando diga mi oración
en voz alta, él la oirá,
se apiadará de mis males
y, de sus ojos, dará
la lluvia a mis eriales.
Dejadme entrar...

Va a entrar en la Pagoda: el Bonzo y la Mujer se lo impiden.

MUJER

Al Bonzo.

Si la dejas,
tentará al Príncipe; no
creas que no sepa yo
adónde va con sus quejas. . .

AISSA

Inquieta.

¿Qué te dice esa mujer?

BONZO

Que en el templo no has de entrar. . .

MUJER

A gritos, airada.

¡Que ni al Príncipe has de ver,
ni él tu llanto ha de enjugar!. . .

AISSA

Al Bonzo, viendo que es más indulgente.

Tú te apiadarás de mí. . .

MUJER

Empujando a Aissa que vacila y cae.

¡No se apiada!

AISSA

Queja.

¡Oh. . . ! ¡me has herido!
Sangre. . . en el pie. . .

MUJER

Acercándose; con desdén.

Nada ha sido.

AISSA

Gritando.

¡Piedad! . . . ¡Príncipe Delí! . . .

Se abre la puerta de la Pagoda y aparece el PRÍNCIPE. Ha oído su nombre y quiere saber quién le llama. Aissa, aunque el Bonzo y la Vendedora pretenden impedirlo, se arroja a los pies del Príncipe.

Este la levanta y se quedan en pie, frente a frente, deslumbrados al mirarse uno a otro con inocente maravilla, como Eva y Adán al encontrarse por primera vez.

DELÍ

¡Una mujer! . . . Levanta, mujer.

AISSA

Él.

DELÍ

¿Quién te trajo hasta mí, panal de miel?

Y los dos se acercan como en sueños, alargando las manos, como para encontrarse antes. . . Van a abrazarse, pero el Bonzo y la Mujer intervienen, debidamente escandalizados.

BONZO

Al Príncipe.

Príncipe, no se diga
que desciende hasta el fango tu mano:
mírala bien; ¡es sólo una mendiga!

MUJER

A Aissa.

¡Insensata, es tu Príncipe! ¡Besa el polvo, gusano!

El encanto se ha roto. Aissa vuelve a inclinarse, humillada. En los ojos del Príncipe, la piedad ha apagado el fuego de la maravilla.

DELÍ

Después de un silencio, humanizando su voz y acercándose a Aissa.

Habla, mujer... Dime, ¿qué quieres de mí?

AISSA

Confusa, sin recordar siquiera lo que vino a decir.

Nada, señor, nada... Ya no sé lo que era...
Venía a decirte... No recuerdo...

DELÍ

Di.

AISSA

...que soy pobre y soy casi extranjera;
que lejos, muy lejos de aquí,
nació mi madre, en la montaña;
que ella y mi padre han muerto;
que habitábamos una cabaña
miserable, y teníamos un huerto
en la selva, a la orilla del río;
que vivíamos, si era vida,
de lo poco que daba la tierra, movida
por el trabajo de ellos dos y el mío;

que ahora, huérfana y sola, los vecinos, airados,
maltratan mis pobres sembrados;
que se me llevaron de casa la azada,
que saquean y pisan mi huerto,
que dentro de poco, tal vez, habré muerto...
Ya ves, señor, nada:
cosas de la vida, la ley del Destino...
Pasa sin oírme; sigue tu camino...
Yo me figuraba ser, en mi cabaña,
la víctima de una injusticia... creí
que debía hablarte..., ¡cuitada de mí!
¿qué es, para la furia del viento, una caña?
¿ni quién soy yo, Príncipe, delante de ti?
Una mujer pobre y una pobre casa
y unas frutas robadas de un huerto sin cultivo...
pequeñeces, todo... Pasa, señor, pasa;
y si un día heredas el trono, y yo vivo,
cuando se hagan fiestas, mándame llamar.
De niña, mi madre me enseñó a bailar
una danza sagrada;
no creas que sólo sirvo para juntar
las manos desesperadas...
Mi danza es alegre; tú verás, señor.
Representa un ave que se cambia en flor
y según avanza

la danza, se danza con furia mayor...
Cojeo esta noche de un pie, y no podría
bailar... Otro día...
Bastante he abusado de ti... tengo miedo...
otro día, ¿verdad? Cuando reines... si aun puedo.

Ha procurado aturdirse y aturdir al Príncipe, en todo este final, para hacerle olvidar sus quejas del principio, que ahora se arrepiente de haber dejado escapar.

DELÍ

Mirándola con infinita piedad.

¿Dices que tus vecinos...?

AISSA

No; ya nada, ya nada.

DELÍ

¿Se llevaron de casa tu azada?

AISSA

Puedo pedir limosna en los caminos.

DELÍ

¿Y dónde está tu casa?

AISSA

No hablemos de eso... Olvídalo. Pasa, señor, pasa.

DELÍ

¿Yo, olvidar injusticias?

AISSA

¡La mía es tan pequeña!

DELÍ

No hay pequeña injusticia para un corazón noble:
una gota de agua desmenuza una peña,
y un gusanillo pulveriza un roble.
Llévame hasta tu huerto...

AISSA

Vale poco su tierra.

DELÍ

Para mí vale un mundo, si tu dolor encierra.
Muéstrame a tus vecinos; les impondré la pena
que han merecido.

AISSA

¿Tú, señor? ¡Otras hazañas
te esperan en el mundo! Sube a las espadañas
de los montes; olvida los granitos de arena.

DELÍ

¡Los granitos de arena son carne de montañas!
Levanta, y guíame por el camino
del dolor; yo lo ignoro, y no podría
dar a mis pueblos un feliz destino,
si, al reinar, lo ignorara todavía.
Tus lágrimas han sido las primeras que ungieron
mis pies; he de enjugarlas y reparar así
todas las que cayeron
hasta hoy sobre esta tierra, y yo no vi.
Vamos...

Aissa, indecisa, acosada por las duras miradas de la Mujer y el Bonzo, no se mueve.

AISSA

Señor...

DELÍ

Olvida lo que estos te dijeron.

AISSA

Señor...

DELÍ

Casi niño, ingenuo, tendiéndole la mano.

Hermana, ¿quieres darme la mano?

AISSA

Radiante, mirándole llena de confianza, pero aún con timidez en la voz.

Sí.

Salen, sin cuidarse de los otros dos, unidas las manos, hablando, como fuera del mundo.

BONZO

Es astuta...

MUJER

Él es débil.

BONZO

Le ha sabido prender
en la red de sus lágrimas fingidas,

y no hay mano de hombre que pueda detener,
cuando corren a unirse, los ríos de dos vidas.

MUJER

Ha caído en el lazo que tiende la mujer:
lazo de carne y sangre; y no hay hombre nacido,
ni lo habrá, no lo habido,
que, en semejante lazo, se libre de caer.

BONZO

Señalando hacia el sitio por donde salieron.

No andan. Se detuvieron aquí cerca... ¿les ves?

VIEJA

Les veo... Ella sentada; él a sus piés.

Se oyen las risas de Aissa y Delí.

BONZO

Con asombro y escándalo.

¡Y se ríen!

MAGO

Llegando por la parte opuesta.

Se ríen... ¿por qué no?
Son niños todavía;

cada uno, en el pecho del otro, encontró
un corazón, divina fruslería,
delicioso juguete... ¡y juegan! ¿por qué no,
si el juguete anda bien?... dejad que se diviertan.
¡Un corazón!... dejad que gocen.
Fallan este resorte, aquél aciertan,
¡y se ríen!... ¡dejadles!

Otra vez las risas de ellos.

hasta que lo destrocen.



CUADRO TERCERO

En la majestad misteriosa del bosque: una humilde choza de paja, y un huertecillo pobre y mal cuidado. Silencio casi milagroso. Amanece.

Entran el Príncipe DELI y AISSA.

AISSA

Esta es mi casa, señor.

DELÍ

¿Tu casa, este chozo inmundo?
Mis perros tienen mejor
guarida que tú en el mundo.

AISSA

Ellos son tuyos, y yo
de nadie. Este pegujal
es mi huerto.

DELÍ

¡Un erial
que la cizaña esquilmó!
No te habrá dado jamás
ningún fruto.

AISSA

Bien cuidado,
daba, señor, ananás
que vendía en el mercado
mi madre; a nuestro sustento
acudíamos así;
pero ni con eso cuento
desde que sola me vi.
Los vecinos me torturan
con inicuos atropellos,
y mis frutas no maduran,
pisoteadas por ellos.

DELÍ

Pero, ¿en esta soledad
tienes vecinos?

AISSA

Señor,
no creas que mi dolor
es único en tu heredad.
Aquí mismo, en la espesura
de la selva, agazapadas,
escondiendo avergonzadas
su indigencia y su negrura
de la luz, innumerables
chozas como ésta que ves,
se acurrucan a los pies
de estos troncos venerables.
No, no es el mío peor
que otros mortales destinos;
que, aunque no veas caminos
de choza a choza, señor,
los pobres, en el dolor,
siempre tenemos vecinos.

DELÍ

Es decir, que en las holguras
del reino que ha de ser mío,
son muchas las criaturas

que mueren de hambre y de frío;
mi regio manto, al caer,
no basta para envolver
a toda la gente mía;
no lo sabía, mujer;
reinaré... y no lo sabía.

Queda un instante preocupado y absorto. Aissa procura distraerle.

AISSA

Toda la noche has tenido
que andar, siguiéndome a mí...
Descansa, estarás rendido;
siéntate, ¿quieres?... Aquí,
sobre este tronco caído.

Se sienta Delí y tomando de la mano a la niña, la contempla, y dice:

DELÍ

Aquí te veo mejor
que en la Pagoda... El temor
que te alteraba viniendo,
pasó, y tu belleza en flor

va, igual que una flor, abriendo.
La tierra te formó, hermosa,
de arcilla tan fina y rara
que hubo de mostrarse avara;
pequeña, pero jugosa
como una fruta es tu cara.
Seda tu piel; y el teñido
de su leve colorido
lo da la sangre, al pasar;
que, como es fino el tejido,
la deja transparentar.
Parecen tus labios rojos
la carne de la mañana;
tu voz es una campana
de cristal... Para tus ojos
no encuentro palabra humana.
Ríen... Pero se deslíen
en sus relámpagos bellos
no sé qué tristes destellos;
como si, cuando ellos ríen,
algo sollozara en ellos...
Dolorida sonriente,
tu belleza canta y llora
como el agua de una fuente
que, al refrescar el ambiente,

fatalmente se evapora...
Con carita de princesa
viniste al mundo a sufrir,
y eres como una pavesa
que, cuando el aire atraviesa,
chispea, para morir...

Calla, mirándola fijamente. Ella, hundiendo más la cabecita en el pecho, sin palabras, escapa hacia el fondo y ajetrea junto a la choza.

¿Dónde vas?... ¿Te has enojado?

AISSA

¡No!

DELÍ

¿Te ofendí? ¿Te he cansado?...
¿Qué buscas entre esas ramas?

AISSA

Nada.

DELÍ

Ven... ¿Cómo te llamas...?

AISSA

Aissa.

DELÍ

Ven a mi lado.

Ella vuelve, trayendo sobre un platillo de mimbre, adornado con una hoja de plátano, alguna fruta; y en una vasija de barro, agua.

AISSA

Voy, Príncipe... Es que quería
agradecer la merced
que debo a tu señoría,
con esta pobreza mía;
toma, tendrás hambre y sed.

DELÍ

Tengo sentido y razón
suspensos, en la explosión
de una luz que resplandece...

AISSA

Ingenua.

Es que amanece.

DELÍ

Pensativo.

Amanece
también en el corazón.

Ella ha ido hacia el huerto; el Príncipe la mira y no habla. Come una fruta; bebe agua. Ella, rebuscando entre la maleza, encuentra una flor, Arrodillándose ante Delí, se la ofrece.

AISSA

Guarda esta flor, que no ha muerto
por esperarte quizás;
no he podido encontrar más,
no hay otra en todo mi huerto;
y en deuda contigo estoy,
pero de nada soy dueña;
guárdala, porque es pequeña
como yo que te la doy...

DELÍ

Tomándola y besándola.

Pequeña y pálida... Beso
tu hermana en ella...

AISSA

Señor,
nació a la sombra; por eso
casi no tiene color.

DELÍ

Aspirando la florecilla.

¡Qué intenso aroma!

AISSA

Eso sí;
medran poco, en esta calma
de nuestra selva, Delí;
pero huelen más aquí,
porque sólo tienen alma.
Tus jardineros tal vez,
con sus cuidados, avivan
la pompa y la brillantez
de las flores que cultivan;
pero ellas, en el rigor
artificial de esa vida,
pierden su aroma, señor,

que es el alma de la flor
silenciosa y escondida.

DELÍ

¡Escondida y silenciosa,
como tú! . . . ¡Quién me dijera,
cuando te vi tan llorosa,
que en tu mano temblorosa
todo un destino cupiera! . . .
Silenciosa y escondida
como tú. . .

Guarda la florecilla en su pecho, bajo el vestido.

Diéranme a mí,
como a ella la guardo, a ti
guardarte toda la vida. . .

AISSA

Intentando apartarse.

Señor. . .

DELÍ

Reteniéndola.

¿No querrías. . . ?

Aissa no contesta.

¿Sabes

que, en el más noble confín
del reino, tengo un jardín,
y en el jardín, frutas y aves,
guirnaldas de surtidores,
tapices de enredaderas,
y en cárceles de oro, fieras
y en tazas de mármol, flores?...
¿Sabes que tengo un palacio
donde soy el heredero
del trono?, ¿y sabes que espero
que, en aquel trono, habrá espacio
donde se siente conmigo
la mujer que escoja?... ¿Sabes
que ya me canso y fatigo
de ver sólo fuentes y aves,
y que un día, entre las brumas
de un sueño, vi, en mi jardín,
preparado un palanquín,
con dos asientos de plumas?...

Ella inclina la frente: su corazón palpita con violencia indecible: calla.

¿No dices nada?

AISSA

Señor...

DELÍ

¿Pero, me entiendes?

AISSA

No sé...

DELÍ

¿Tiemblas?

AISSA

Mirándole.

Viví en el dolor
hasta ahora, y no temblé...

Hay un silencio inefable; se oyen los cantos de las aves en la hora matinal.

DELÍ

Sorprendido.

¿Qué es este susurro?

AISSA

Nidos
que hay en torno a mi cabaña:
ya es de día...

DELÍ

Pasa un aire: se mueven las ramas.

¿Y esos ruidos?

AISSA

La selva que te acompaña
con sus primeros latidos...

El frío de la mañana sobrecoge al Príncipe.

DELÍ

Tengo frío...

AISSA

Volviendo a ser dueña de sí; diciendo y haciendo.

Se evapora
la escarcha, al primer vislumbre
del sol, y es fría la aurora.

Mi madre encendía lumbre
cada mañana, a esta hora.
Con unas piedras... así...

Reune hojas y ramas; forma un montón; hace chocar unas piedras; prende el fuego.

Desde lejos, la observaba
mi padre; el primer rubí
de las llamas chispeaba...

Así ocurre, en efecto.

Y entonces, él se acercaba
lo mismo que tú, Delí...

El Príncipe, mirándola a ella, como hechizado, se le acerca; la estrecha en sus brazos; ella no sabe resistir.

DELÍ

Aissa, mi amor, te adoro.

AISSA

Así decía él también...

DELÍ

Con rapto.

¿Qué es mi palacio?, ¿qué, el oro

de un trono?... Aquí estamos bien,
¿verdad?... Dos años me han dado
para viajar y aprender;
¡pues en dos años, mujer,
no me aparto de tu lado!

AISSA

(¡Dos años!)

DELÍ

Sobre el techal
de tu casa, haré surgir
un palacio de zafir
con bóvedas de cristal;
y me hundiré en los arcanos
de toda la creación
cuando sienta, entre mis manos,
palpitar tu corazón...
¡Dos años, Aissa, besando
las flores con que tus pies
esmalten el suelo, andando...!

AISSA

Dos años sólo... ¿y después...?

DELÍ

Inconsciente, juvenil.

Después... Después trazarán
los Dioses nuestro destino...

AISSA

Más en la realidad.

¡Después los hombres vendrán
a cerrarnos el camino!...

DELÍ

¿No quieres?

AISSA

Señor, soy fuerte
porque no soy nada; y sé
que de todo, al fin, saldré
por las puertas de la muerte:
sólo quiero...

DELÍ

¡Dime!

AISSA

Quiero
que el palacio que has de hacer
aquí, tenga un miradero
altísimo...

DELÍ

Sonriente.

¿Para ver,
tras estos árboles viejos,
otras más claras regiones?

AISSA

Sonriendo triste.

Sí... y para verte... de lejos
el día que me abandones.

Habían empezado a ir hacia la choza. Delí inclina el rostro preocupado, ella, como antes, procura distraerle.

Mi choza es pequeña; pero
su techo resquebrajado
imita un cielo estrellado:
cada boquete, un lucero. . .
No hay en ella porcelanas,
ni alfombras, ni pedrerías;
pero colgué en sus ventanas,
mis sueños, por celosías. . .

Deteniéndose.

Mi choza está helada.

DELÍ

Volviendo hacia la hoguera.

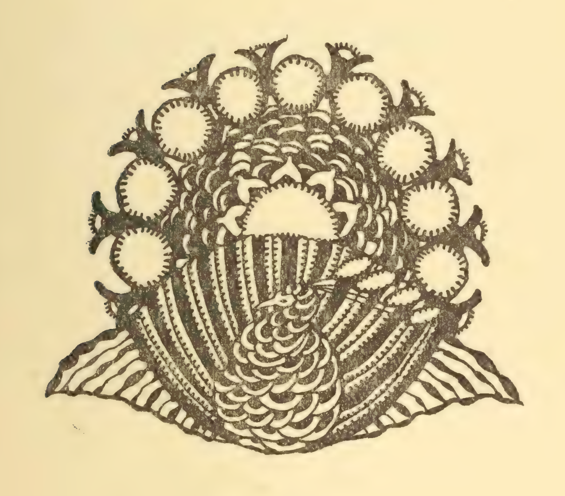
Pasa,
que aunque hielen sus rincones,
nos darán estos tizones,
para tu choza, una brasa. . .

AISSA

Inefable, sonriéndole.

No, bastan los corazones;
porque, como siempre han sido
pobres los que la habitaron,

todos, en ella, el olvido
de sus miserias buscaron;
y con llanto de dolor
y de piedad fué regada;
entra sin miedo, señor,
porque en mi choza no hay nada,
¡pero está llena de amor!...



ACTO SEGUNDO



CUADRO CUARTO

Cortina. Dos sirvientes hacen perezosa guardia. Dentro suena una dulce melodía, de un instrumento de cuerda. De vez en cuando la melodía se interrumpe: los centinelas se desperezan y hablan:

CENTINELA PRIMERO

¡Extraña música!...

CENTINELA SEGUNDO

Parece
que tenga hechizo o brujería;

el corazón se desvanece
a su recóndita armonía.

CENTINELA PRIMERO

Es de otra tierra. La han traído
gentes exóticas aquí. . .
Aissa, con ella, ha conseguido
rendir al Príncipe Delí.

CENTINELA SEGUNDO

La melodía prodigiosa
copia el compás de un corazón;
y es misteriosa y venenosa
como un suspiro de pasión.

CENTINELA PRIMERO

Sí. . . Cada nota, en la arboleda,
del aire vago a la merced,
crece, se alarga, ondula, rueda
como sutil hebra de seda,
y todas tejen una red.

CENTINELA SEGUNDO

Pues no está bien que, de esta suerte,
caiga, en la red taimada y fina

de una caricia femenina,
el corazón de un hombre fuerte.

CENTINELA PRIMERO

A mi entender, una mujer
es, en la sed, el refrigerio
del hombre; nunca, a mi entender,
debe llegar, con su poder,
hasta guardarle en cautiverio.

CENTINELA SEGUNDO

¡Y son dos años de esta vida!

CENTINELA PRIMERO

Tanto ha durado el devaneo
que pasa ya toda medida. . .

CENTINELA SEGUNDO

Confidencial.

Yo que lo veo, no lo creo.

CENTINELA PRIMERO

Aissa triunfante, entre sus manos
esclavo el Príncipe Delí,

y tú y yo, guardias cortesanos,
hechos dos rústicos aquí. . .

CENTINELA SEGUNDO

Pues sigue aún la melodía. . .

CENTINELA PRIMERO

¡No hay voluntad que la soporte!

CENTINELA SEGUNDO

¡Si me escucharan a mí un día. . . !

CENTINELA PRIMERO

No sé qué piensan en la Corte.



C U A D R O   Q U I N T O

Se abren las cortinas. Aparece la misma selva del cuadro anterior; pero ya, sobre el emplazamiento de la choza, se alza un pequeño palacio de maravilla, y el pobre huerto es un jardín de ensueño. El sol ha encontrado su camino, a través de las bien dispuestas ramas de los árboles, y llega al suelo. Las sendas refulgen, cubiertas con arenas de oro: en los muros de la vivienda brilla el oro también. En lo alto de sus pequeñas torres hay, como en la Pagoda, campanillitas de oro; pájaros de brillantes colores pasan entre las frondas y dan gritos agudos. AISSA y DELÍ, sentados bajo una tienda de ricas telas, juegan el ajedrez en una primorosa mesita. A un lado, una ESCLAVA joven cuida de dos pequeños cestos-cunas, en los cuales duermen dos niños muy pequeños, envueltos en telas brillantísimas que casi no los dejan ver. La Esclava, arrodillada ante los niños, les hace aire con un gran abanico de pluma.

DELÍ

Jugando.

¡Jaque a la reina! . . . Estás vencida.

AISSA

Jugando.

¡No, espera! . . .

Piensa y mueve una pieza.

Ataco.

DELÍ

Entregándole un peón.

Tuyo.

Piensa y mueve una pieza.

¿Y luego?

Aissa, vencida, comprueba que no puede jugar, y sonriente, aparta de sí el tablero. Delí exclama:

¡Gané!

AISSA

Tú siempre.

DELÍ

¡Ah, si la vida
fuera lo mismo que este juego!

Al ver que Aissa, levantándose, se acerca a las cunitas, pregunta con emocionada inquietud.

¿Qué pasa? . . . ¿Qué es?

AISSA

Nada, señor.
En sus cunitas se han dormido

como en el hueco de una flor
que, al mismo tiempo, fuera nido;
y una gentil sonrisa, incierta
gota de miel, tienen los dos
en la boquita medio abierta. . .

Delí sonríe y calla: Aissa se le acerca, y con miedo esperanzado pregunta:

¿Eres feliz?

DELÍ

Mirándola.

Sí. . . como un Dios.

AISSA

¿Y nada temes?

DELÍ

¿A tu lado?

AISSA

¿Ni el resbalar del tiempo?

DELÍ

No;
desde que fuiste mía, yo

creo que el tiempo se ha parado.
No oigo otro ruido que el latido
de tu inmutable corazón;
sospecho que la creación
sobre tu pecho se ha dormido.

AISSA

Señalando las cunas.

Y, sin embargo, el tiempo pasa
y ellos te advierten que ha pasado;
dos cunas hay en nuestra casa;
dos primaveras en un prado,
tus hijos, vida y carne nueva;
montón de trigo en esos paños;
pero, además, Delí, la prueba
de que pasaron los dos años.

DELÍ

Sin comprender.

¿Dos años? . . . ¿cuáles?

AISSA

Los que a ti
para viajar te concedieron;

los dos que tú me diste a mí
y hora tras hora se nos fueron. . .

DELÍ

Con fuego.

¡No; yo te di mi vida entera!

AISSA

Pero. . . ¿era tuya?

DELÍ

Con fuego.

¡Sí, era mía;
o la robé, si no lo era,
para entregártela aquel día!
Y desde entonces, hasta que
disponga el cielo que concluya,
como el amor que te juré,
mi vida es tuya.

Entran SIRVIENTES con frutas y bebidas. Hay una pausa.

AISSA

El mediodía es hoy de llamas

y ofusca el sol: está sangriento...

A los sirvientes.

Corred aún más, entre esas ramas,
el tul que ha descorrido el viento.

Los sirvientes lo hacen.

Ahora dejadnos... Y, al pasar,
no os olvidéis de preguntar,
si alguien han visto, a los soldados...

DELÍ

Mientras se alejan y salen los sirvientes.

Aissa de todo ha de cuidar...

AISSA

Cuando te vayas a reinar
recordarás estos cuidados.

DELÍ

¡Nunca me iré!...

AISSA

Manda la ley
aún más que nuestros sentimientos.

Ha vuelto a sentarse a los pies de Delí.

Dime, Delí..., como en los cuentos:
¿qué harás tú, cuando seas rey?...

DELÍ

Ligera salmodia de conseja popular.

Cuando sea rey... no estaré a tu lado.
Seré dadivoso, seré justiciero;
pensaré en las cosas que me has enseñado
y, como el cayado
con que los pastores baten el sendero,
el cetro que empuñe será, en mi reinado,
azote del lobo, sostén del cordero.
Cuando sea rey lo seré por fuera,
y llevaré el mando de mi dignidad
tal como llevamos un traje cualquiera;
monarca en el gesto y hombre en realidad,
tendré costra y miga como el pan de trigo;
pasajero huésped de un trono prestado,
cuando sea rey no estaré a tu lado,
pero el alma mía vivirá contigo
aquí, en nuestra selva del ámbito abierto,
del aire que duerme, del agua que sueña...
Aquí fueron tu choza pequeña,
y el hato de leña
y el divino dolor de tu huerto;

aquí, lejos del odio y la guerra,
tú me diste tu sombra de palma,
y aquí están mis hijos, flores de mi alma,
que no se marchitan como las de tierra.

La toma de la mano y la coloca entre ambas cunas.

Ponte en medio de ellos, tallo entre sus flores;
uno a tu derecha, el otro a tu izquierda;
uno, mis anhelos; otro, tus amores;
éste, a ti te copia, y aquél, me recuerda.
Los dos carne tuya; los dos sangre mía,
mi vida y tu vida prolongan, mujer;
¡cuando se me lleven a reinar, un día,
séante ellos prenda de que he de volver!...

Ella le abraza en silencio.

AISSA

Acerca su cara a la de él y repite en su oído, queda, profunda y cariñosamente, su nombre.

¡Aissa... Aissa...!

DELÍ

¡Tu nombre querido!,
¿por qué me repites tu nombre al oído?

AISSA

No es a ti; me consta que, ahora, tú lo sabes;
se lo digo a tu alma para que recuerde...

Se oye el rumor de una carroza que se acerca.

VOCES

Dentro.

¡Delí!... ¡Delí!... ¡Príncipe!...

AISSA

Indecible sobresalto.

¿Te llaman?...

DELÍ

Preocupado, observando.

Se pierde
no sé qué tumulto por las frondas graves...

VOCES

Más cerca.

¡Delí!

AISSA

Sí, te llaman; contesta.

DELÍ

Inquieto, a su vez.

No puedo;
no puedo, retiene
la voz en mis labios el miedo;
retírate, aparta, mujer; alguien viene.

Ella se acerca a sus hijitos y se arrodilla entre las dos cunas. Los servidores despliegan una gran tela entre los árboles, formando una especie de tienda que oculta a la madre y los hijos. Entra el GRAN VISIR y otro DIGNATARIO; se postran ante Delí.

VISIR

Señor Príncipe heredero...

Inclina la frente hasta tocar el suelo.

DELÍ

Obligándole a alzarse.

Habla.

VISIR

Ha llegado la hora:
un plazo os dieron, y ahora
se cumple el día postrero.

A la muerte hizo aguardar
el Rey; pero al expirar
el plazo, imperiosa y fuerte
se presenta a reclamar
su noble presa la muerte,
y el Rey os llama. Él os quiso
dos veces, paternalmente,
y él ha de ungir vuestra frente
bendiciéndola: es preciso
partir inmediatamente.

DELÍ

Mira al rincón donde están Aissa y los niños.

¡Es preciso. . . ! ¡un día más,
Visir, un día siquiera!
Pasa hoy de largo y espera;
mañana me encontrarás.

VISIR

¿Y a qué habéis de mendigar
un día más?, ¿qué os importa?
Sabiendo que ha de acabar,
la dicha mayor es corta.
El Rey mismo, por mí, es quien
viene a asiros de las manos.

Y el Rey conoce muy bien
los corazones humanos...
Os mandó libre partir,
os dejó libre vivir,
y os supo dichoso, amando;
pero no os quiso advertir
de que el fin se iba acercando.
Se ha de arrancar el amor
del corazón, bruscamente,
como se corta una flor,
antes que doble la frente.
No esperéis, Príncipe, a ver
marchito en vuestra ansiedad,
vuestro amor languidecer;
la despedida ha de ser
en plena felicidad.
Ahora mismo.

Una pausa. Delí, con un gran esfuerzo, se decide.

DELÍ

Sí, sí; ahora.

Entra en la tienda, mira a Aissa, ella se levanta y afirma, preguntando.

AISSA

¿Ya. . . ?

DELÍ

Sí. . .; pero no por mí.
Adiós, Aissa.

AISSA

Adiós, Delí. . .

DELÍ

Vacilando.

Volveré. ¡Delí te adora
como nunca!. . .

AISSA

Fingiéndose serenidad.

Sí. . . ya sé.

Con apasionamiento.

¡Gracias por todo el amor
que te debo!. . .

DELÍ

Volveré.

AISSA

Aunque no vuelvas, señor.
Gracias por tanta alegría
como me trajiste aquí;
por toda la que, de mí,
quisiste aceptar un día...

DELÍ

Pero... lloras, vida mía.

AISSA

Dominándose.

Ya no lloro... Adiós, Delí.

Se abrazan un instante estrecha y silenciosamente. El Gran Visir y el otro Dignatario se ponen a los dos lados del Príncipe y salen con él. El Príncipe hace un ademán como para volver la cabeza; pero se domina y sale con ellos serenamente, sin mirar atrás. Aissa va a correr tras los que salen. Se detiene; se yergue con solemne resignación. Los sirvientes, la Esclava, la miran sin atreverse a hablar. Ella, con lento apasionamiento, se dirige a sus hijos. Se coloca ante ellos.

Así, hijitos míos... Solos ya los tres...

uno a mi derecha... el otro a mi izquierda,
como él ha de vernos si un día recuerda...

Bruscamente se aparta de los niños.

¿Pero no nos oyes?... ¿pero no nos ves?...

Llega al límite del jardín y grita.

¡Aissa!...

ESCLAVA

Atreviéndose a hablar.

¿Por qué, señora,
si quieres que Delí vuelva
no das su nombre a la selva?...

AISSA

Su nombre no importa ahora;
su nombre lo guardo aquí
con letras de fuego escrito;
pero el mío necesito
que se lo lleve Delí:
que le siga donde vaya,
que donde quiera le llame,
que en su ausencia se derrame
como el mar sobre una playa;
quiero esparcirlo, y que llene

toda la tierra; y que, en cada
rincón de tierra que él suene
con la planta o con la espada,
sólo mi nombre resuene.

Vuelve al límite del jardín.

¡Aissa!... ¡Aissa!... Aissa!...

Escucha.

¡Nada!...

Va a caer en brazos de su Esclava.



C U A D R O   S E X T O

La misma decoración del cuadro anterior. Pero han pasado siete años. AISSA, en pie sobre la escalinata del palacio, mira intensamente hacia el camino por donde el Príncipe se alejó. A sus pies están los dos chiquillos, que la miran a ella con pueril curiosidad. El PEQUEÑO, sentado en la escalinata; el MAYOR, en pie; acaba de llegar.

SETHI, el mayor

Madre...

Aissa no oye, ni contesta, ni se mueve.

¿Hace rato que está
mirando al camino?

DYLHA, el pequeño

Sí.

SETHI

¿Desde que viniste aquí?

DYLHA

Desde antes.

SETHI

¿Qué mirará?

DYLHA

¡A saber!. . .

SETHI

¿No la has llamado?

DYLHA

¿Para qué?. . . Ni oye ni entiende;
ya sabes que a nada atiende
cuando mira de ese lado.

SETHI

Observándola.

No mueve un dedo siquiera,
ni los ojos, ni la cara. . .

DYLHA

¿Y si llorásemos para
que se asustara y nos viera?

AISSA

Fijándose en ellos.

¡Hijos!

SETHI

Nos ha oído ya...

A su madre.

Sigue...

Arrepentido de haberla arrancado a su contemplación.

DYLHA

Idem.

Sigue...

AISSA

¿Para qué?

Se sienta en la escalera, entre sus hijos, uno a cada lado.

¡Siete años que se nos fué,
y hoy tampoco volverá!

Lo ha dicho en voz alta: los niños, curiosos, se miran.

SETHI

Decidiéndose.

¿Quién es el que ha de volver?

AISSA

El Rey.

SETHI

¡El Rey!...

Asombro.

DYLHA

Idem.

¿Vendrá aquí?

AISSA

Si no nos olvida, sí.

DYLHA

¿Pero cómo puede ser?...

AISSA

Deja una pausa: los acaricia: sonríe y apasionada, maravilladamente les cuenta el cuento de hadas de su esperanza.

No lo sé, hijos míos; pero yo le espero.
Volverá a la selva no sé cuando. . . un día,
por eso no muero;
si no le esperara, ya no viviría.

SETHI

¿Y ahora está. . . en palacio?

AISSA

Sí.

DYLHA

¿Lejos?

AISSA

No sé.

Se sienta en un trono de piedras preciosas,
le han puesto una alfombra de lirios y rosas.
Pero está tan alto que no se le ve. . .

SETHI

¿Siempre está en su trono?

AISSA

O está en sus jardines.

DYLHA

¿Y no viaja nunca?

AISSA

Ya no;
si volviera un día de aquellos confines,
si saliera al mundo, le vería yo.

SETHI

¿Le conoces, madre?

AISSA

Sí... le he visto. Un día...

SETHI

Queriendo adivinar.

¿Fuiste a su palacio?

AISSA

No.

DYLHA

¿Vino él a verte?

AISSA

Le pedí limosna...

Los niños se asombran.

Yo entonces sufría
tanto, que casi veía
con gusto acercarse la muerte.

SETHI

¿Y él te dió limosna?

AISSA

Más que le pedía;
de todos los bienes, me hizo el mayor bien.

DYLHA

¿Conoce esta selva?

AISSA

Desde aquella hora,
vivió aquí, conmigo...

DYLHA

¿Cerca?

AISSA

Estrechándoles contra su pecho.

Como ahora
vosotros...

DYLHA

¿Es que eras su madre también?

AISSA

No; vosotros sois sus hijos...

Más asombrados que nunca van a hablar los dos a la vez: ella les contiene.

Besando
vuestras frentes, beso su recuerdo frío...

Lo hace.

Hace rato que estamos hablando. . .
Ve a mirar la senda. . . ¿quieres, hijo mío?

No puede contener sus lágrimas, besa al mayor en la frente y le dice:

Ve a mirar tú también.

SETHI

¡No!

Resuelto.

AISSA

¿Por qué?

SETHI

Porque vas a llorar;
y si yo no estoy, ¿quién
te podrá consolar?. . .

AISSA

No lloro; ve y dime, si, al aire flotando,
ves un estandarte que los aires dora
con lista de luz, como cuando
te despiertas pronto y apunta la aurora.

Va a subir el mayor la escalera.

DYLHA

Con un grito, anunciando.

¡Madre, el Rey!

SETHI

Apresurado, subiendo la escalera.

¿Qué dice?

DYLHA

A su madre.

¡Ven!

SETHI

Mientras sube.

¿Quieres callarte?

Ve como su hermano.

¡Yo lo veo también!

DYLHA

¡Qué tropel
de gentes!

AISSA

¡Sí! ¡El Rey llega!... ¡Es su estandarte!
¡Se acuerda de nosotros!... ¡se acuerda!

Entran el GRAN VISIR y un DIGNATARIO.

No; no es él.

Los dos hombres se muestran solemnes y fríos. Hacen a la infeliz Aissa grandes reverencias. Los chiquillos miran deslumbrados las vestiduras de los desconocidos.

VISIR

Vengo en nombre del Rey...

AISSA

Con exaltación, interrumpiéndole.

¡Dios te bendiga!
Ya entiendo... No es preciso que me diga
tu lengua más... Ya entiendo. No ha olvidado.
Es poderoso; es justo; feliz en su reinado;
pero como era bueno y nos quería,
no puede parecerle su alegría,
sin nosotros, cabal; todo el poder

del cetro no le basta... El Rey quiere reinar
en paz, y algo le falta...

VISIR

Interrumpiendo escandalizado.

¿Qué blasfemas, mujer?
¡En la gloria del Rey, nada puede faltar!
Como el sol, no mendiga su luz, es luminoso.
El, de su pueblo inicia y él cierra la cadena;
su voluntad es río caudaloso
sobre pradera fértil, y en su frente serena
refulge la palabra «Eternidad».
Pero, en la carne, él sabe que habrá de perecer
y reclama a sus hijos para que en la ciudad
le acompañen, y hereden, muerto, su autoridad.
Venimos a buscarlos, entrégalos, mujer...

AISSA

Sus hijos... pero ¿y yo?

VISIR

De ti no ha dicho nada.

AISSA

De mí no ha dicho nada... ¿Pues quién hay, a su lado?
¿Qué otra mujer el regio corazón me ha robado?

VISIR

¿Robado? ¿Otra mujer? ¿Callarás, desdichada?
El corazón del Rey no es propiedad de nadie.
No hay quien pueda, por suyo reclamarlo imprudente;
está sólo, en la mano de Dios, para que irradie,
como un astro su luz, sobre la humana gente.
Fué limosna el amor que te dió.

AISSA

Su alegría
llamaba el Príncipe a mi amor.

VISIR

Sin hacerla caso.

Pasado tiempo, olvida el bienhechor
la limosna de un día.

A los niños que le miran entre asustados y gozosos.

¿Sois vosotros los príncipes?... ¡Seguidme!...

DYLHA

Al mayor: confidencial.

Me da miedo.

SETHI

Más tranquilo.

No; nos lleva al palacio, en la ciudad...

DYLHA

Pues pasa tu delante... yo no puedo...

SETHI

Pero ¡si es tan hermoso el palacio!

DYLHA

Convencido en el acto.

Es verdad.

VISIR

¡Venid!

El Visir aguarda: los niños avanzan dos pasos hacia él. Aissa, bruscamente, se interpone deteniéndolos y clamando.

AISSA

¡No, no!... ¡Son míos!
¡No me separes de ellos!
No son suyos, son míos
en la carne y los huesos;
y por míos, humildes,
y por míos, plebeyos,
y por míos, bastardos,
y por míos, abyectos...
Llevarían al trono
fango de los senderos...
Ve y dile al Rey, verdugo,
que, si quiere herederos,
los engendre en la carne,
los incube en el seno
de mujeres como él:
corazones de hielo
y criaturas de aire...
Estos son pequeñuelos,
son humildes y sólo
por el amor nacieron.
Ya no hay amor... ¡no hay hijos!
Vuelve, vuelve a tu dueño
con las manos vacías,

y dile, mensajero,
que viniste a la selva,
que fatigaste el viento,
y no encontraste a nadie,
que todos hemos muerto...
Nos consumió la lepra
de la pobreza; el hielo
de siete años de olvido
quemó nuestro esqueleto;
nos sepultó la nieve,
nos envolvió el silencio
y, al pasar, nos quitaron
el corazón los cuervos...
Vuelve a palacio, vuelve,
pero vuelve sin ellos;
¡vete, apártate... apártate!...
¡Hemos muerto... hemos muerto...

Llora dolorosa y hondamente, abrazada a sus hijos que, asustados por su exaltación, se estrechan contra ella en silencio.

VISIR

Bien; está bien, mujer. Tu orgullo de hembra herida
entierra a tus dos hijos en la abyección... Quizás

ellos te pidan cuentas de tu orgullo, en la vida. Ya me voy... Habéis muerto... Acaso valga más.

Va a retirarse con tanta solemnidad como vino; hosca y dolida Aissa calla. Los niños, con desilusión, ven cómo el Gran Visir y su acompañante se disponen a marchar. Entonces ellos hablan, quedamente.

DYLHA

¡Oh, se van!

SETHI

¡Se van, madre!

DYLHA

¡No nos quieren llevar
al palacio del Rey!...

Al mayor.

Yo que iba tan contento.

AISSA

Atravesada de puñales.

¿Me dejaríais, hijos?

SETHI

Oh, nada más llegar,
verlo y volver...

DYLHA

Eso es... Nada más... Un momento.

AISSA

Coge las cabezas de sus hijos entre las manos, les mira a los ojos casi con locura y grita al Gran Visir que ya se aleja.

¡Visir!... ¡Vuelve... perdona... vuelve!

VISIR

Retrocediendo.

¿Qué?

AISSA

Te los doy...
¡Ellos quieren!... Visir... y di a su padre... Nada.
Si por la sangre de ellos, no recuerda quién soy
¡qué voz le hará pensar en la madre olvidada!...
Adiós, hijos, adiós...

Los chiquillos la abrazan casi con alegría.

DYLHA

Hasta en seguida...

SETHI

Impaciente.

Vamos.

AISSA

¡Y que a palacio os lleven por caminos de rosas! Pero pensad en mí, si lloráis...

SETHI

Volviéndose a tirarla besos.

¡Ya pensamos, madrecita!...

DYLHA

Volviéndose a tirarla besos.

Verás... ¡Ya te traeremos cosas!...

Salen con el Visir, después del Dignatario.

AISSA

Sentándose en la escalinata aprieta las manos una contra otra, y habla con desesperación como si fuera mordiendo las palabras.

No volverán tampoco... No vuelve nada... Vanos
fueron los sueños de mi vida rota. . .
Cogí un puñado de agua entre mis manos. . .
Se escapó entre mis dedos gota a gota. . .

Se cubre enteramente la cabeza con el velo y se deja caer como muerta sobre las gradas de la escalera.



CUADRO SÉPTIMO

Rincón de Palacio. Están en escena y se disponen a hablar, los dos CENTINELAS.

CENTINELA PRIMERO

¡Silencio siempre. . . !

CENTINELA SEGUNDO

Todo calla
en el palacio y la floresta.

CENTINELA PRIMERO

Ni la inquietud de una batalla
ni el abandono de una fiesta.

CENTINELA SEGUNDO

No hay bayaderas que, en la alfombra,
deslicen raudos sus tobillos
entre los híspidos cuchillos. . .

CENTINELA PRIMERO

Vive Delí como una sombra.

CENTINELA SEGUNDO

Dice que en esta postración
cayó, volviendo de la selva,
y no hay manera de que vuelva
a palpitar su corazón.

CENTINELA PRIMERO

Dicen que es santo..., y que, a su ocaso
van de su vida los destellos.

CENTINELA SEGUNDO

Ni de sus hijos hizo caso,
cuando el Visir llegó con ellos.

CENTINELA PRIMERO

Y los dos príncipes, llorando,
echan de menos su otra vida,

o se marchitan bostezando
junto al maestro que los cuida.

CENTINELA SEGUNDO

Cuando era niño yo, en mi choza...

CENTINELA PRIMERO

Cómico estupor.

¿Tú has sido niño alguna vez?

CENTINELA SEGUNDO

Sin querer hacerle caso.

... soñaba con la brillantez
del palanquín y la carroza;
para mí nada hubo jamás
mejor que un trono, en mi deseo;
ahora estoy cerca de él, y veo
que es cualquier cosa, o poco más.

CENTINELA PRIMERO

Acercándose confidencial.

Ayer...

CENTINELA SEGUNDO

Temiendo lo que va a decir.

Silencio...

CENTINELA PRIMERO

¿Aún más...? Ayer...

El otro quiere que calle.

Deja que acabe...

CENTINELA SEGUNDO

Ya sé el fin,
ayer, de nuevo, esa mujer
vino a la puerta del jardín.

CENTINELA PRIMERO

Asintiendo.

¡Precisamente!

CENTINELA SEGUNDO

Con misterio.

Y hoy volvió.

CENTINELA PRIMERO

¿Qué has hecho?

CENTINELA SEGUNDO

Verla y no mirarla.

CENTINELA PRIMERO

Yo me alejé, por no escucharla.

CENTINELA SEGUNDO

¡Exactamente como yo!

CENTINELA PRIMERO

Cuando con lágrimas tamañas
nombra a sus hijos y a Delí,
yo no sé qué hay dentro de mí
que se me rompe en las entrañas.

CENTINELA SEGUNDO

Confidencial a su vez.

Hoy me decía que sería
esclava mía esa mujer

si la dejaba entrar, y ver
a sus dos hijos algún día.

CENTINELA PRIMERO

Y ayer ha puesto, en su dolor,
sobre este puño cortesano,
los cinco pétalos de flor
que imitan dedos en su mano.

CENTINELA SEGUNDO

Pero ni tú ni yo podemos
lo que nos mandan olvidar;
ella en Palacio no ha de entrar...

CENTINELA PRIMERO

O con la vida respondemos.

Dando un paso. Dogmatizàndo.

A mi entender, una mujer,
si cansa, a fuerza de querer
debe calmarse y esperar;
pero una madre, a mi entender,

junto a sus hijos ha de estar
canse o no canse. . . , y no hay poder
que se lo pueda disputar.

CENTINELA SEGUNDO

Pues no lo entiende así el Visir.

CENTINELA PRIMERO

Pero ella tiene corazón,
y, como al fin, sus hijos son,
de todo empeño ha de salir. . .

CENTINELA SEGUNDO

¡Los ha parido, y es razón
que los defienda hasta morir!

CENTINELA PRIMERO

¡Malhaya ese hombre. . . !

CENTINELA SEGUNDO

Atemorizado. En voz baja.

Habla despacio. . .

8

CENTINELA PRIMERO

¡No hay voluntad que le soporte!

CENTINELA SEGUNDO

Pero es Visir y ésta, la Corte.

CENTINELA PRIMERO

¡No sé qué piensan en Palacio!



CUADRO OCTAVO

Es la cueva del Mago. Al levantarse el telón, estará el MAGO, solo, en su rincón de estudio, velando y leyendo en sus libros sagrados. Lee, en voz alta y solemne, máximas de sabiduría y santidad.

MAGO

Leyendo.

Y el que desee ser
justo, olvide el placer,
y, para más lograr,
no ceje hasta olvidar
que nació de mujer.
Vivirá, cara al cielo,
sereno, indiferente,
transparente su frente
como el cristal y el hielo...

Se detiene reflexivo, complacido. Hace un momento, en el agujero que sirve de entrada a la cueva, sobre los dos o tres peldaños, apareció la dolorida figurita de AISSA. Al callar el Mago pregunta:

AISSA

Mago... ¿puedo pasar?

MAGO

Contrariado, sin mirar.

¿Quién llama?

AISSA

Se ha encorvado para penetrar en la sima; ágilmente ha bajado los pocos peldaños, y dice presentándose:

Una mujer.

MAGO

Reconociéndola, con sequedad.

Mañana has de volver;
hoy no puedo escuchar...

AISSA

Tú me dijiste ayer,
que hoy volviera...

MAGO

Y mañana
lo mismo habré de hacer...
¿no comprendes, mujer,
que tu insistencia es vana?
Renuncia a proseguir...

AISSA

No renuncia el dolor
a su presa, señor.

MAGO

¿Lo puedo yo impedir?

AISSA

Con un gesto de esperanza.

Sí...; tu ciencia podría
despertar de su olvido
al que me quiso un día.

MAGO

Si él a ti te quería,
¿podrá la ciencia mía
lo que tú no has podido? . . .

AISSA

Dejándose caer descorazonada sobre unas piedras.

¡Pobre de mí!

MAGO

¿Qué quieres
que le haga yo, mujer? . . .

AISSA

¡Devolvérmelo, si eres
mago y tienes poder! . . .

MAGO

Te ha olvidado.

AISSA

Apasionada.

¿Y no tiene
remedio?

MAGO

Hay que tomar
la suerte como viene.

AISSA

No; tú no; busca un medio. . .

MAGO

No lo podré encontrar.
Te ha dejado de amar. . .

AISSA

Con desaliento, afirmando más que preguntando.

¡Y no tiene remedio!

MAGO

Es la ley del olvido:
a la vez fosa y nido,
mitad muerte, mitad
alba de eternidad...
Todo en el mundo pasa
y esa ley se eterniza;
resígnate a esa ley;
en la encendida brasa
del corazón del Rey
ha caído ceniza.

AISSA

¿Otra mujer?

MAGO

No; ni eso.
Ceniza únicamente;
sin color y sin peso;
lene, ambigua, senil,
como sería el beso
de un reptil.

Si de otra mujer fuera,
si te hubiera dejado
por un nuevo querer,
¿crees tú que tuviera
tus hijos a su lado? . . .
No; el carbón, al arder,
en diamante ha cuajado;
te quiso, te ha olvidado;
es la ley; no me llores, resígnate, mujer.

AISSA

¿No hay otra salvación?
¿Sólo resignación
me aconsejas? . . . ¿De modo
que he de aceptar mi suerte,
resignada y callada?
Mago, lo estudias todo,
pero no sabes nada.

El Mago sonríe y no contesta. Ella sigue hablando consigo misma.

Yo soy tierra; mi boca
de mujer, tierra en flor. . .
¡Apriétame, dolor,

para que me haga roca!
¡Derríteme, quemante
brasa de su desdén,
y haz que sea diamante
mi corazón también!...

Humanizándose más, a medida que recuerda la ingratitud de Delí.

Sí, sí... También yo puedo
vivir sin recordar...
Mago, no tengas miedo;
desde hoy, sabré olvidar.
Me llevo tu consejo
dentro del alma escrito;
seré impasible y fuerte;
resignada te dejo;
casi me felicito
de haber venido a verte.
¡Desde ahora, a su modo,
cuerpo y alma de hielo,
viviré, cara al cielo,
olvidándolo todo!

Con súbito arranque, rompiéndosele el pecho en llanto.

¡Pero a mis hijos, no!
La tierra me los dió
tan dulces y tan bellos...
¿Qué culpa tienen ellos
de lo que sufro yo?...
Mago, yo quiero estar
a su lado..., ¿oyes?, quiero
sus voces escuchar,
sus manitas besar,
poderme alimentar
de su aliento ligero,
y en el calor del mío
templar su pecho tierno.
¡Se morirán de frío
junto al hielo paterno!...
Mago... nada te pido,
¡pero es tanto!... ¡Si vieras!...
Llegarme a sus vidrieras
cuando se hayan dormido:
«Ahora duermen»... Oír,
aunque ellos no me vean,
sus risas que aletean:
«Ahora ríen»... Decir,
«no lloréis», si, al pasar
llora alguno...

¿Podrías?...
¡Aunque ellos no me vieran,
aunque nunca supieran
que son caricias mías!...

El Mago ha dejado de sonreir. No responde.

¿Puedes?

MAGO

Puedo acceder;
pero si el Rey lo sabe...

AISSA

¡Jamás lo ha de saber!

MAGO

Después de meditar.

Puedo trocarte en ave.
Libre por el espacio
podrás ir y venir,
y les verás salir
al jardín de palacio.

AISSA

¿Qué ave seré?

MAGO

Si quieres
una paloma. Igual
que a todas las mujeres
el estigma fatal
del amor te ha marcado;
pero tu alma aún es pura,
de ella haré la blancura
de tu plumón nevado.
Los niños, sin recelo,
se acercarán a ti. . .

AISSA

Descontenta.

¿Una paloma?

MAGO

Sí.

AISSA

No es bastante; hasta el suelo
podré abatir el vuelo,
rondarles, arrullar,

y al descuido picar
su talón pequeñuelo;
podré, algún día, entrar
del palacio en las salas,
ya sé. . . ¡pero, al jugar,
no les podré abrigar
debajo de mis alas. . . !

Acercándose al Mago impasible, y tratando de convencerle.

¿Por qué no, ya que tantos
andan por los confines
de los regios jardines,
pavo real? . . . Sus mantos
sobre el ágata fina,
cuando bajan o suben por una escalinata,
parecen seda y plata
de ropa femenina;
son nobles, casi son
humanos; el oído
abren al menor ruido;
miran con atención,
y en su pecho, escondido,
les cabe un corazón.

MAGO

Ironía cruel.

Ya entiendo. . . , quieres ser
pavo real, mujer.
A pesar de tus cuitas
no olvidas que ellos son las aves favoritas
del Rey. . .

AISSA

No, mago. ¡Mientes!

MAGO

Tú te mientes a ti
si olvidas que las frentes
de tus dos inocentes
recibirán un beso que va entero a Delí.
Pero cedo, no obstante;
cúmplase tu deseo;
si luego sufres, creo
que el castigo es bastante.
En el más delicioso
jardín, abierto a ojos mortales,

serás el más hermoso
de los pavos reales...

Intención hasta el fin.

Pero... sabe, mujer,
que el Rey no quiere ver
lo que antes le atraía;
que a su jardín ni un día
baja al atardecer;
que escapa a la delicia
de las cosas mortales,
y que ya no acaricia
a sus pavos reales.

AISSA

Apasionamiento.

¡No importa... él no me importa!

MAGO

Después de mirarla fijamente.

Está bien; ve a buscar
a tus hijos; es corta
la distancia; al pisar

de la regia arboleda
la primera vereda,
tu traje
se trocará en plumaje
de nácares y seda.
Te podrás reunir
con tus hijos; tu afán
de madre ve a cumplir;
no te conocerán
ellos dos, pero tú
podrás ir a su lado
arrastrando el tisú
de tu manto nevado.

AISSA

Se inclina y va hacia la puerta.

Gracias, Mago.

MAGO

Sin interrumpirse.

Y podrás
mirarte en el espejo
de un estanque. Y quizás,
contemplando el reflejo
de tu forma, en el agua,

la dolorida fragua
de tu anhelo se aquiete;
porque eres buena, amante y maternal y pura;
pero hembra... ¡y tu hermosura
es tu mejor juguete!

AISSA

Que llegó a la puerta, se vuelve con arrogancia.

¡Mi hermosura...! ¿Qué halago
con verla he de lograr?
¿Qué es la hermosura, Mago,
si no se puede dar?
Cien años has vivido,
nada se te ha escondido
y tus palabras son
como el destino graves;
¡pero de un corazón
de mujer, nada sabes!

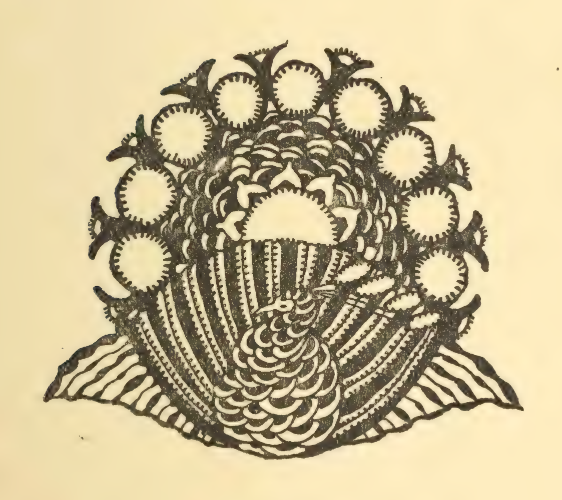
MAGO

Sale con altivez: el Mago ríe. Trata de seguir leyendo.

Corazón de mujer,
profundidad de mar,

ignorarte es saber...
pero no renunciar
a tus aguas; osar
beberlas, es beber
las tormentas del mar...
¡Corazón de mujer,
saberte, es zozobrar!

Inquieto, deja el libro. Toma su pipa de opio. Fuma...



ACTO TERCERO



CUADRO NOVENO

Los jardines del palacio del Rey. Media tarde. Silencio sólo roto por el rumor de las fuentes que corren entre los rosales floridos. Higueras. Manzanos con frutos. DOS ESCLAVAS. Una corta flores, que cuidadosamente recoge en una cesta. Otra escoge frutas, que con mimo deposita en otra cesta. De vez en cuando, se interrumpen y hablan.

ESCLAVA PRIMERA

¡Quiera Dios que deleiten al Rey estas flores
y se pinten de vivos colores
sus sueños de enfermo, tocando
de los pétalos suaves la seda encendida!

ESCLAVA SEGUNDA

¡Quiera Dios que reviva el Rey, cuando
de una fruta mordida, en la pulpa sangrando,
vuelva a hallar el sabor de la vida! . . .

ESCLAVA PRIMERA

No lo espero. . . se muere.

ESCLAVA SEGUNDA

Se muere. . . No quiere
vivir más; los doctores lo afirman así:
«Ni aguijón de dolencia le hiere,
ni le pesan los años; se muere
joven, sano y sin causa Delí.»
La Nodriza del Rey, como es vieja,
casi es medio bruja, y urdió su conseja.

ESCLAVA PRIMERA

Pues a veces acierta.

ESCLAVA SEGUNDA

Adivina, que es más.
La Nodriza del Rey dijo, días atrás,
que por fuerza, en su caso, hay hechizo.

Cuando el viaje, los años que estuvo
de palacio alejado, el Rey hubo
de catar mala yerba o probar bebedizo.
No podía el hechizo faltar a su Rey;
y en efecto, el efecto fatal se produjo;
bebedizo o ponzoña, a su influjo,
se apagó la memoria en el alma del Rey.

ESCLAVA PRIMERA

Es verdad...

ESCLAVA SEGUNDA

Al volver, recordaba
las cosas del viaje, que atrás se dejaba;
no era un santo, como hoy, era un hombre;
y sufría y lo daba a entender,
repitiendo en voz baja aquel nombre
de aquella mujer...

ESCLAVA PRIMERA

Es verdad...

ESCLAVA SEGUNDA

Y después se olvidó.
Cayó en este letargo profundo,
o, trepando a lo alto, sacó
los pies y la frente al mundo.

ESCLAVA PRIMERA

¡Y se muere!

ESCLAVA SEGUNDA

¡Se muere! . . .

Se oye entre las frondas un grito de dolor.

AISSA

¡Ay! . . .

ESCLAVA PRIMERA

¿Qué ha sido?
Parecía una voz de mujer.

ESCLAVA SEGUNDA

Mirando a lo lejos.

Fué ese pavo real.

E CLAVA PRIMERA

Dudando.

¿Ha podido
tal ternura en un grito poner?...

ESCLAVA SEGUNDA

Sí... ese nuevo...

ESCLAVA PRIMERA

¿De dónde ha venido?

ESCLAVA SEGUNDA

Nadie sabe.

ESCLAVA PRIMERA

¿Es acaso alma en pena?

ESCLAVA SEGUNDA

Nadie sabe... Ave extraña y huraña,
ιos demás huyen de él; le acompaña

nada más que su sombra en la arena. . .
Yo le tengo observado con calma;
y a veces se queda tan quieto, tan quieto,
como si tenazmente guardase un secreto;
para mí, dentro de él, hay un alma.

Baja la voz y se acerca a la otra mujer.

Si a los ojos le miras, verás que tienen
no se sabe qué luz prisionera. . .

Como un misterio temeroso queda flotando en el aire.

ESCLAVA PRIMERA

Con inquietud.

Es muy tarde...

Toma su cesta y se dispone salir.

A palacio volvamos. . .

ESCLAVA SEGUNDA

Señalando.

No, espera;
los príncipes vienen.

Entran los dos PRÍNCIPES niños. Vienen cogidos de la mano, serios como hombrecitos. Se acercan a las Esclavas, que les saludan con una inclinación.

DYLHA

Dame una rosa.

SETHI

Y a mí, una manzana.

ESCLAVA SEGUNDA

La que escojáis. . .

DYLHA

Yo, esta blanca.

Tomando una flor.

SETHI

Tomando una fruta.

Yo, esta
coloradita de grana,
que parece una brasa en mitad de la cesta.

Las Esclavas vuelven a saludar y salen.

SETHI

Súbitamente.

¡Calla!...

DYLHA

¿Qué tienes?...

SETHI

¡Un paso en la arena!

DYLHA

Debe de ser nuestro pavo real.

SETHI

Juntando su cabecita a la del pequeño y escuchando.

Toda la fronda a su paso resuena,
como, al picarle el granizo, un cristal...

DYLHA

Señalando.

Mira el airón de su casco...

SETHI

La seda
de su plumaje parece un tapiz. . .

DYLHA

Ya va a salir de la verde arboleda. . .

Queriendo ir a su encuentro.

¡Vamos! . . .

SETHI

Deteniéndole.

No, espera. . . ¿Trajiste el maíz?

El pequeño da al mayor unos granitos de maíz. Entra Aissa convertida en pavo real.

AISSA

Aquí están. . . Ellos son. . .
Bien me lo dicen tus palpitaciones. . .
Párate, corazón;
no me traiciones.

Se acercan los niños ofreciéndole el maíz.

SETHI

Toma, pavo real,
nuestro amigo y nuestro tesoro;
toma este trigo que es mejor que el oro,
porque pesa menos y reluce igual. . .

DYLHA

Uno por uno, cada grano
de la mazorca hice saltar,
y aun me duelen los dedos de esta mano. . .

SETHI

Al pequeño.

No tiene hambre, hermanito; no los quiere probar.

DYLHA

Al pavo real.

Nunca tienes hambre.

SETHI

Nunca pruebas nada.

DYLHA

¿Qué coméis los pavos?

SETHI

Nosotros tenemos
mucha cosa en palacio guardada;
pide lo que quieres y te lo daremos.

AISSA

Dame esa manzana.

SETHI

Vacilando. Escondiendo la fruta.

¿Esta?

AISSA

Y tú, esa flor.

DYLHA

Retira vivamente la mano y la rosa. Riendo.

¿Para qué. . . ? ¡Las flores no se comen, tonto!

AISSA

Ofrecéis y no dais; poco es vuestro amor.

SETHI

Con un arranque.

Toma la manzana. . . ; pero así, de pronto, me dolía dártela. . . No era para ti.

AISSA

Extrañada.

Pues, ¿para quién era?

Los niños callan.

No te calles, di.

DYLHA

Al mayor.

Se lo digo. . . , ¿quieres?

AISSA

Casi celosa. Al pequeño.

Dilo, ¿para quién?

DYLHA

Para nuestra madre...

Enseñando su rosa.

y esta flor, también.

AISSA

Inefable: al mayor.

¿Por qué lo callabas?

DYLHA

Le daba vergüenza.

AISSA

¿De su madre?

DYLHA

¡No!
Pero al recordarla, llora... como yo...
claro..., y se avergüenza;
a su edad es más grave llorar,
yo soy el pequeño y él es el mayor...

SETHI

Insistiendo.

Toma la manzana. . .

DYLHA

Generoso.

Sí, y toma la flor.

AISSA

¡No; nada a una madre se le ha de quitar!

DYLHA

¡Si ya le guardamos muchas cosas. . . !

AISSA

Inefable.

¿Sí?

SETHI

Mostrando, en su cesta, lo que nombra.

Mira. . . cintas, flores y amatistas, y
perlas ensartadas. . . Éstas son las mías
y éste guarda las suyas ahí.

DYLHA

¡No vamos a ir con las manos vacías!

AISSA

Que no vais a ir... ¿Dónde?

Los dos niños callan confusos, queriendo justificarse.

DYLHA

Es un secreto.

AISSA

Dímelo... ¿No quieres?

DYLHA

Sin defenderse mucho.

No me comprometo,
porque es mío y de éste... Si éste quiere...

AISSA

¡Di!
Ya sabéis que no hablo más que con vosotros...
Lo que oiga no puedo contárselo a otros.

SETHI

Convencido. Al pequeño.

Díselo.

DYLHA

Pasándole el brazo por el cuello y obligándole a inclinarse.

En voz baja y al oído... Así.

Cada uno le habla a un oído; ha ido oscureciendo; un lirismo ingenuo y suave envuelve a los tres.

Queremos ir
a ver a nuestra madre...

SETHI

Un mes de Abril...

DYLHA

Cuando la luna aclare...

AISSA

Os queréis ir
a ver a vuestra madre...

SETHI

Como el jardín
tiene una puerta grande,
de noche, así
que el Rey duerma y sus pajes,
por el jardín
saldremos a los valles...
Un mes de Abril,
sin que nos oiga nadie...

AISSA

¿Os queréis ir
a ver a vuestra madre?
¡No os iréis... No quiero que salgáis...!

DYLHA

¿Por qué?

AISSA

Creciente angustia.

No os iréis... Sería tentar al Destino...
Por la noche... solos...

SETHI

Sí. Yo llevaré
mi espada y mi daga...

AISSA

¡Sabes el camino!

SETHI

Contrariado, ingenuo.

No, y eso es lo malo. Hay que atravesar
primero los prados y después el río,
y después la selva... pero no sé más...
Alguna viejita, de algun caserío,
que sepa el sendero, nos lo enseñará...
Cuando nos trajeron, yo quise aprender
por dónde veníamos;
éste y yo le habíamos
prometido a mi madre volver...
Y abiertos los ojos con todo mi empeño,
el camino seguí de hito en hito;
pero se hizo oscuro... teníamos sueño...
Yo le dije a éste: «Duerme tú, un poquito...
que luego, si veo que no puedo más,
te llamo, y tú, entonces, por mí velarás...»

Quedó convenido;
y así, entre uno y otro, pensamos llegar
con todo el camino aprendido...
Pero cuando a éste le tocó velar,
como es el pequeño, se quedó dormido.

DYLHA

Llorando.

¡Me quedé dormido...!

SETHI

Consolándole.

No importa..., ¿verdad?

AISSA

Consolándole también.

La noche era oscura... y el camino triste...
¿No tenías frío, cuando te dormiste
lejos de tu madre y en la soledad?
¡Se quedó dormido...!

SETHI

Mimoso.

¡No importa! Saldremos
vestidos de pobres y preguntaremos...

Los caminos se aprenden preguntando. . .

AISSA

Con inquietud.

¡No!

SETHI

Y además, desde un sitio, lo recuerdo yo.

DYLHA

Señalando.

Mira, un farol que corre...

SETHI

Es que nos busca alguno;
la Nodriza, tal vez. . .

AISSA

Si os aparta de mí,
¡mal haya el importuno!

DYLHA

¿Escondámonos?

SETHI

Sí;
detrás de los setos sombríos...
¡los tres!...

VOCES

¡Señores príncipes!

AISSA

Con presentimiento angustioso.

¡Os buscan, hijos míos!

DYLHA

¿Por qué nos llamas hijos, esta tarde? ¡Estás loco!
Yo no soy hijo tuyo...

SETHI

Ni yo lo soy tampoco.
Tú no eres más que un pájaro, ni siquiera persona,
y nosotros, los hijos del Rey...

Entran la NODRIZA y ESCLAVAS primera y segunda.

NODRIZA

¡Aquí están!

SETHI

¡La Nodriza y las dos esclavas! . . . ¿qué querrán?

NODRIZA

Sollozos.

Príncipes... Venid, príncipes... ¡el Rey nos abandona!

DYLHA

Al mayor.

¿Por qué llora?

SETHI

A la Nodriza.

¿Qué pasa?

NODRIZA

Venid, venid. . .

DYLHA

Al mayor.

¿Qué quiere?

NODRIZA

¿No os dice lo que pasa mi llanto?... El Rey se muere.

AISSA

(¡El Rey se muere!. . .)

NODRIZA

Y antes
de expirar, con sus manos vacilantes,
él mismo ha de entregaros su corona. . .
Vamos. . .

SETHI

En voz baja al pavo real.

Pavo real, nos vienen a buscar. . .

DYLHA

Idem.

Adiós, pavo real. . .

Hierática, en actitud de desesperación, Aissa no parece verles ni oírles.

No quiere contestar. . .

SETHI

Se ha quedado muy triste...

NODRIZA

Impaciente y casi indignada.

¿Qué esperáis?... ¿Os reclama
vuestro padre y tardáis?... Vamos... dejad estar
a ese pavo real... ¡Algo más grave os llama!

Los chiquillos, avergonzados por la reprimenda de la vieja, no se atreven a mirar más al pavo real y salen.

AISSA

En la casi oscuridad del jardín, que, según sale la luna, toma un aspecto de irrealidad cada vez más fosforescente y fantástico:

El Rey se muere... ¡el Rey, no!
Delí se muere... No quiere
que, desesperada, espere
la que jamás le olvidó...
Delí se muere... y se muere
sin que le acompañe yo...
¿Qué te has hecho, corazón?
¿El fuego de tu pasión

no basta, para encender
estas alas que ahora son
atadura y trabazón
de mi carne de mujer?...
Delí...
Desde ese rincón,
tan hondo en la lejanía,
¿qué me piden, con su fría
mirada sin expresión,
tus vidriados ojos fijos?...
¿Mis lágrimas?... ¡Tuyas son!

Llora: grita entre sollozos.

¡Mago, tenías razón!
¡Mentía mi corazón!
¡No vine aquí por mis hijos!...

Desesperación, fiebre, alaridos.

¡No...! ¡Mi vida por la suya!
¡Mago...! ¡Mago...! ¡Acude, ven!
¡Dame que le restituya,
muriendo yo, todo el bien
que de su amor recibía!
¡Doy por su dicha la mía!
Mago, tórname a mi ser...

Vuelva, con el padecer
de mis ojos, a caer
el llanto sobre el camino.
¡Dame el tormento divino
de mi forma de mujer!
¡Déjame que me desnude
de esta carne que en mis huesos
aún palpita, y la trasmude
en carne de él, con mis besos...!
¡Mago, ven! ¡Acude, acude...!

Surge el MAGO de la espesura y se acerca a Aissa. La extraña luz irrealiza cada vez más formas y palabras.

MAGO

¿Quién se queja en la noche?

AISSA

Mi corazón.

MAGO

¿Qué qui
tu corazón insaciable?

AISSA

Que me llame Delí..., que me mire..., que me hable.
¡Se muere!

MAGO

Es su destino; todo el que nace, muere.

AISSA

Tú, que todo lo puedes, Mago, y has acudido
a mi queja angustiosa,
porque en ti hay carne de mujer llorosa,
y en ti, tu madre más que tú, me ha oído,
¿tienes un filtro, una virtud
que haga de mí,
ya que se muere Delí,
fuente de vida y salud?
Aunque él nunca más me quiera
como en aquella primera
noche de su amor florida,
¿no le podré dar la vida,
como si su madre fuera?
Pues, ¿por qué, si no podemos
en la vida retener

lo que perdemos,
arcas de vida seremos
las mujeres, al nacer?
Si el fuego en que padecemos
no nos sirve para hacer
eterno lo que queremos,
¿para qué, Mago, tendremos
las entrañas de mujer?

Indecible apremio y súplica encendida. Se arrodilla ante el Mago, llora casi tendida, apasionadamente.

MAGO

¡Basta! Tu palabrería,
mujer, se llama egoísmo;
que, aunque exaltada, varía
las quejas tu fantasía,
yo, en todas, oigo lo mismo:
tu anhelo de recobrar
a toda costa su amor.

AISSA

Quiero que él viva, señor. . .

MAGO

Para que te vuelva a amar...

Deja una pausa: seco, imperiosamente, continúa.

No ha muerto el Rey todavía;
ve a su cámara; podrás
entrar, así como estás,
no con tu forma de un día...

AISSA

¿Y él vivirá?

MAGO

Viviría,
si su perfección no fuera
completa; si recordara
y, aunque no te conociera,
te nombrara.

AISSA

¡Vivirá!

MAGO

¡No le has de hablar!

AISSA

Lo juro; no le hablaré.

MAGO

No podrás, que, si pudieras
a su corazón llamar,
¡poco valdría la fe
del juramento que hicieras! . . .
Y ahora, líbrame de ti;
que, como es hembra, se inflama
toda la noche en tu llama,
y estáis las dos contra mí;
ve, carne de tentación,
y el cristal de un corazón
de nuevo, en tu aliento, empaña.
¡Ve a tender sobre el león
tu tela de araña! . . .

AISSA

¡Voy, si puedo, a darle la vida!

MAGO

Para que él te la devuelva
en la caricia encendida
de tus noches de la selva.
¡Toma y daca, corazón
mercader!
¡Ata con seda al león. . . !
¡Ve, mujer. . . !
¡Egoísmo. . . !

AISSA

¡Amor. . . ! A mí,
corazón. . . La tierra toda
se me transforma, Delí,
como el día en que te vi
delante de la Pagoda! . . .

La oscuridad es cada vez más intensa: el Mago ha desaparecido.

Mago, ¿dónde estás? ¿Qué fría
mano me guía
de la noche en la negrura?
¡Voy, voy, espera, alma mía,

que aún hay fuego en mi ternura
para tu blanca agonía...!
Soy mujer y eres mujer,
muerte, ¡aparta, aún se ha de ver,
de las dos, quién es más fuerte...!
¡Delí, aún puedes escoger
entre la vida y la muerte!

A mitad de esta oración de Aissa, se ha hecho el oscuro. Sus últimas palabras arden sin luz en la oscuridad de la escena.



CUADRO DÉCIMO

La cámara del Rey. Es de noche, pero ya cerca del amanecer. DELÍ, reclinado en su lecho, agoniza. La NODRIZA, cerca de él, le atiende y sostiene; el GRAN VISIR y otro DIGNATARIO están cerca del lecho, en actitud de tristeza oficial. Las ESCLAVAS, de rodillas, sostienen, ofreciéndolos, los cestos de flores y frutas. El son grave de un gong rompe el silencio. El Rey, al oír el sonido del gong, abre los ojos y se agita como buscando algo.

NODRIZA

¡Hijo. . . ! ¿Qué buscas? ¿Tienes frío?

VISIR

No ha muerto aún. . . Es la agonía.
Su estrella luce todavía.

NODRIZA

¡Delí. . . ! ¿Qué buscas, hijo mío? . . .

A la Esclava segunda.

Es raro. . . Hasta ahora, dulcemente

el corazón latió en su pecho,
y ahora, de pronto, esa inquietud...

VISIR

Impasible: al Dignatário.

Para el desfile de la gente
¿le dejaremos sobre el lecho,
o ya encerrado en su ataúd?

Siguen hablando en voz baja. Suena otra vez el gong.

DELÍ

Agitadísimo.

¡Nodriza!

NODRIZA

¿Qué?

DELÍ

Nada.

NODRIZA

¿Qué ha sido?
¿Qué me pedías?

DELÍ

Siempre agitado.

Nada ya. . .
Que se llevaran ese ruido. . .

NODRIZA

Solícita, a las Esclavas que salen y vuelven en seguida.

El gong. . . Lleváoslo. . . Ya está

DELÍ

Semidelirio.

¿Y por qué el hombre habrá querido
contar el tiempo que se va?

Pausa.

Ya, aquí, no hay tiempo... Antes lo había...
Yo por los golpes lo medía
de mi impaciente corazón. . .

De pronto.

¿Por qué impaciente?. . . No sé. . . ¿Cuándo
contaste el tiempo, palpitando?
¡Ya no lo sabes, corazón!. . .
¿Dónde era y cómo? ¿Qué querías?
Yo te escuchaba. . . tú latías. . .

¿qué me decías
que no recuerdo, corazón?

Haciendo desesperados esfuerzos por recordar.

¿Era un perfume?... ¿Era un sabor?
No era una fruta... ni una flor...
¡Era tan blanco!... ¡Era tan suave!
¿Como una estrella?... ¿Como un ave?
No... No era pluma... ni era fuego...
Pero... ¿a qué nombre respondía?
Yo en todas partes lo veía,
mi corazón lo repetía...
Ahora él se calla... yo estoy ciego...

Pareciendo recordar.

¡Sí, sí!... ¡Era un nombre!... Y vuela... y vuela.
Y no dejó rastro ni estela.
¿Dónde lo guardas, corazón?
Era una fuente... Se ha secado...
¿O un río... y corre soterrado?
¡Has olvidado... has olvidado!
¡Ya no me sirves, corazón!

Aparecen en la puerta los NIÑOS, trayendo consigo al PAVO REAL.

SETHI

Entra, entra, pavo real. . .
acércate, ¡el Rey se muere!,
pero es muy bueno; te quiere,
no temas, no te hace mal. . .
No tengas miedo. . . Ya ves
que no se extraña de ti;
ponte entre los dos, aquí,
acurrucado a sus pies.

Toma la mano del Rey y le obliga a acariciar al Pavo.

¡Mira, señor!. . .

DELÍ

Estremeciéndose un poco, al tocar su mano las plumas de nácar.

Era suave
y era blanco. . . ¿Un astro? . . . ¿un ave?. . .
No era pluma. . . No era fuego. . .
Mi corazón no lo sabe,
¡y yo me he quedado ciego!. . .

Se enciende en sus ojos algo como una chispa de recuerdo. Se desvanece en seguida: vuelve a cerrarlos.

SETHI

Observando al Rey y viendo que el Pavo real levanta la cabeza, que tenía humillada, para mirar también al Rey, con angustia:

¡Oh!... No le quieres mirar,
y él se te queda mirando,
como si te fuera a hablar...
parece que está llorando
el pobre, y hace llorar.

DELÍ

Alza otra vez los ojos y mira al Pavo.

¿Era un perfume?... ¿Un sabor?
No era arbusto... no era flor...

Inquietud: quiere recordar.

¿Era un nombre?...

Desolación.

¡Se ha borrado!...

Agitación febril.

Era... No es ya... ¡qué dolor!
¡qué dolor, se te ha olvidado!

Desplomándose otra vez sobre el lecho.

¡Ay, que no tienes virtud,
corazón, para encontrar
y sí para atormentar!...

VISIR

Acercándose, con resolución indignada.

¡Basta!... ¿No veis la inquietud
del Rey?... No tiene reposo,
porque, desde su llegada,
le atormenta la mirada
de ese pájaro monstruoso;
debéis echarle de aquí.

SETHI

¡No!... ¿Por qué?

VISIR

¡Porque tortura
con los ojos a Delí!

SETHI

¡No!... Le mira con dulzura
para consolarle así...

VISIR

Con respeto, pero con energía.

Señor, pasaron los días
de jugar; pronto seréis
el Rey, y es fuerza que deis
de mano las niñerías...

SETHI

Impresionado, mira al Rey con dolor y al Pavo real con cariño; le acaricia y le dice, no como si le mandase, sino como si le pidiese perdón:

Fuiste mi último juguete;
pero como he de reinar,
nos hemos de separar;
vete, Pavo real, vete...

El Pavo real se levanta, mira al Rey, fija y tristemente, y sale despacio.

DYLHA

¡Con qué tristeza se va!...

DELÍ

Con mayor agitación que nunca.

¿Quién se va?... ¿Quién ha salido

de la cámara?... ¿Qué ha sido?...
¡Tengo frío!... ¿Quién está
conmigo?... ¿Todos se han ido?

SETHI

No, no, padre mío; al pie
de tu lecho, nos quedamos
nosotros dos...

DELÍ

Con angustia.

¿Quién se fué?

SETHI

Nuestro amigo... ¿Le llamamos?

DELÍ

No... ¿para qué... para qué?

Se aproxima la Nodriza, que abraza al Rey para calmarle.

NODRIZA

¡Descansa aquí, en este pecho
que te dió vida y calor!...

VISIR

Interviniendo y apartando a la vieja.

Déjale solo... Es mejor...

La Nodriza obedece con pena. El Visir pretende apartar también a los niños.

SETHI

Con súplica.

Nosotros, junto a su lecho
nos quedaremos, señor...

NODRIZA

Al Visir.

Sí, quédense; que al llegar
le aquietaron ellos dos.

VISIR

Tal vez logre descansar
y duerma.

NODRIZA

¡Quiéralo Dios!

VISIR

A las Esclavas, que estarán cerca de la puerta.

¿Cambió la guardia?

ESCLAVA SEGUNDA

El relevo
termina ahora...

VISIR

A la Nodriza.

Y tú, ahora,
deberías recogerte;
yo velaré...

NODRIZA

Cansada, pero temiendo apartarse de Delí.

No me atrevo...

VISIR

La madrugada es la hora
del alivio...

NODRIZA

¡O de la muerte!

El Visir se acurruca en un rincón, como para descansar. La Nodriza ha apagado alguna luz. Ha quemado incienso en algún pebetero. Luego, rendida, se sienta también cerca del Visir. Las dos Esclavas dormitan. La luz fina del amanecer cae sobre un silencio corto.

SETHI

En voz baja.

Va a amanecer... ¿te has fijado?
Yo nunca había pasado
sin dormir la noche entera...
y desde dentro he observado
todo lo que ocurre fuera.

DYLHA

¿Sí?

SETHI

Sí. Primero parece
que nunca más se verá,
cuando, el sol muerto, anochece;
pero en seguida aparece
la luna, y cuando se va,
ya apunta en el cielo el fino
verde del amanecer,

de modo que puedes ver
toda la noche el camino.

DYLHA

Lo mismo pensaba yo:
siempre hay luz . . . ¿y será así
cada noche?

SETHI

Reflexivo.

Tal vez no;
pero en mucho tiempo, sí;
la luna cambia despacio.

DYLHA

Pues hemos de aprovechar
esta luna, y escapar,
sin que cambie, de palacio.

SETHI

Saldremos completamente
de noche: tú, al lado mío,
mirando los dos a Oriente
y pasando, por el puente,
la cinta oscura del río;

después del río tomamos
la senda, entre unos alcores,
y al poco rato, encontramos
la Pagoda de las Flores...

El Rey se incorpora lentamente en su lecho al oír el nombre de la Pagoda, y escucha con ansiedad a los niños, que de espaldas a él, y sentados en el suelo, no le ven.

DELÍ

(¿Qué?)

DYLHA

¿Cómo la conocemos?

SETHI

Por el ruidito sonoro
de las campanillas de oro,
que, llegando, escucharemos.
Las mueve el aire... No tiene
más que escuchar el oído,
y el son te guía...

DELÍ

Como en sueños, empezando a recordar.

(Ese ruido,
corazón, ¿de dónde viene. . . ?)

SETHI

Que sigue contando.

Ya en la Pagoda, pasamos
de largo. . .

DYLHA

Decepción.

¿Sí. . . ? ¡No entraremos!

SETHI

No. . . Pero nos llevaremos
limosna, por si encontramos
alguien a quien socorrer.
Allí siempre suele haber
mendigos. . .

DELÍ

Con angustia, queriendo recordar.

(¡Una mendiga. . . !)

SETHI

Y la limosna hay que hacer
para que Dios nos bendiga.

DELÍ

(Habla..., ¿quién eres, mujer?)

SETHI

Seguimos... Atrás se queda
la Pagoda... Y no paramos;
y andando, andando, llegamos
a nuestra vieja arboleda.

DELÍ

(¡La selva!)

DYLHA

Allí no sabemos
qué camino hay que tomar.

SETHI

Tomaremos al azar
alguno...

DYLHA

¿Y si nos perdemos?

SETHI

Nos sentaremos; que allí
no ha de extrañarnos el suelo;
y esperaremos así
que raye el alba, en el cielo.
Yo en mis brazos te tendré
para que duermas mejor
si quieres. . .

DYLHA

No dormiré;
¿no ves que ya soy mayor?

SETHI

Y así que vaya aclarando,
¡Salvados. . . ! Igual que cuando
tú y yo estábamos allá,
nuestra madre escalará
la torrecilla, gritando:
¡Aissa. . . !

DELÍ

Herido en el acto, por el son del nombre.

(¡Aissa!)

SETHI

Continuando.

Y la oiremos,
y echaremos a correr...

DELÍ

Casi en pie. Con explosión de recuerdo. Llamando con un grito.

¡Aissa...!

DYLHA

¿Quién grita?

SETHI

¡Oh, te hemos
despertado sin querer!...

DYLHA

¡Qué hemos hecho!...

DELÍ

¡Aissa. . . ! ¡Era ella. . . !

VISIR

¿Qué grita?

NODRIZA

¿Qué desvaría?

DELÍ

¡Dejad paso. . . ! ¡Era ella, era ella,
la flor, el ave, la estrella
y el nombre que no sabía. . . !
¡Aissa. . . !

Aparece, ya con su forma de mujer, Aissa. Los niños, al verla, corren a sus brazos, con explosión de júbilo y ternura.

AISSA

¡Delí!

NODRIZA

Sin comprender.

¿Qué osó. . . ?

SETHI

¡¡Madre!! ¿De dónde has venido?

AISSA

¡Hijos...! ¡No, no vine yo!
Vosotros me habéis traído.

DELÍ

¡Aissa...! ¿Eres tú?

AISSA

¡Yo, sí!

Baja sus brazos y pone una mano sobre la cabeza de cada niño.

Y, a mi derecha y mi izquierda,
tus hijos..., mira..., recuerda...
¡Somos tu vida, Delí!...
Nada te traigo, señor;
pero en mi nada se encierra
la felicidad mayor:
¡hijos..., un poco de tierra...;
mujer y un mucho de amor...!
¡Sobre mis labios terrenos,

la luz de mis ojos llenos
de ofrendas; poco quizás
pero, ni en el mundo hay más,
ni un alma vive con menos!
¡Contempla el astro mayor
desde la más alta sierra;
pero piensa, en tu fervor,
que hay suelo a tu alrededor
que tus raíces encierra:
hijos..., un poco de tierra;
mujer..., y un mucho de amor!

Aissa y Delí se abrazan. Los Príncipes se arrodillan. Los Dignatarios y servidumbre lloran enternecidos. Revive Delí. Amanece un día rosado...



Tipografía Artística
Cervantes, 28-Madrid

